

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN Y CIENCIA
CONSEJERÍA DE CULTURA

EL MEGALITISMO

Conjuntos Megalíticos de Valencina de la
Concepción y Gandul (Alcalá de Guadaíra)



EL MEGALITISMO

Conjuntos Megalíticos de Valencina de la
Concepción y Gandul (Alcalá de Guadaíra)

Cuaderno del Profesorado

*Gabinete Pedagógico de
Bellas Artes. Sevilla*

JUNTA DE ANDALUCÍA

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN Y CIENCIA
CONSEJERÍA DE CULTURA

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Educación y Ciencia. Consejería de Cultura

COORDINADOR: José Juan Fernández Caro

AUTORES: José Juan Fernández Caro, Juan Luis Ravé Prieto, Pedro Respaldiza Lama, Víctor Hurtado Pérez, Leonardo García Sanjuán, José Ramos Muñoz, Francisco Giles Pacheco, José María Gutiérrez López, Vicente Castañeda Fernández, María Lazarich González, Manuela Pérez Rodríguez, José Torres Quirós, Cristina Martínez Peces, Luis Aguilera Rodríguez, Josefa Lozano Sánchez y María José Lozano Ramírez.

DISEÑO DIDÁCTICO: Gabinete Pedagógico de Bellas Artes

DIBUJO: Francisco Salado Fernández

MAQUETACIÓN: Francisco Salado Fernández

ISBN: 84-8266-400-X

Depósito Legal: SE-4.099-2003

Impresión: Pinelo Talleres Gráficos, S.L. Camas-Sevilla

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN:	5
II. ORIENTACIONES DIDÁCTICAS:	7
Objetivos:	7
Procedimientos:	7
Actitudes y Valores:	8
INDICACIONES DE USO:	8
III. HISTORIOGRAFÍA DEL MEGALITISMO	9
IV. RUINAS CON GRANDES PIEDRAS. TEORÍAS Y REALIDADES SOBRE EL MEGALITISMO.	13
IV.1. Peleando con las definiciones.	13
IV.2. Recintos, cámaras y espacios	17
IV.3. Pensando grandes piedras.	25
IV.4. Grandes piedras de por aquí.	31
IV.5. Lecturas de Referencia.	46
Agradecimientos	47
V. CONJUNTO MEGALÍTICO DE VALENCINA DE LA CONCEPCIÓN	48
V.1. “Dolmen” de la Pastora	50
V.2. Dolmen de Matarrubilla	52
VI. CONJUNTO MEGALÍTICO DE GANDUL (ALCALÁ DE GUADAÍRA)	54
VI.1. Cueva del Vaquero	56
VI.2. Tholos de las Canteras	57
VI.3. Tumba del Término.	58
VI.4. Tumba de La Casilla (del tren):	59
VI. 5. Tumba del Pedrejón	59
VII. UTILIDADES:	60
VIII. BIBLIOGRAFÍA	61

I. INTRODUCCIÓN:

Los megalitos han sido siempre un foco de atracción popular. Sus magnas estructuras han dado pie a que la imaginación popular haya fabricado fantasías alrededor de ellos, generalmente con gigantes y otros seres míticos, lo que, dadas las magnitudes de los elementos que conforman las citadas estructuras, estaría más que justificado. Cómo, si no, podríamos explicarnos que piedras de más de 100 toneladas (las hay de 280 Tm) fueran trasladadas desde decenas de kilómetros (a veces centenares) con la tecnología de los hombres y las mujeres de hace más de cinco mil años.

Y esta fascinación continúa. Quizás hoy más a nivel de especialistas, que se hallan en una situación que bien podríamos calificar de crítica, en cuanto que están apareciendo, como en cascada, sucesiones de hipótesis sobre las causas y desarrollo de tales construcciones. Las preguntas de siempre parecen empezar a encontrar respuesta: ¿Quiénes son los que construyen los megalitos? ¿Para qué se construyeron? ¿Quiénes son los enterrados? ¿Corresponde a un ritual, y si es así, en qué se manifiesta? ¿Qué es lo original y qué lo posterior? ¿Qué relación mantienen con los poblados y donde se sitúan esos poblados? ¿Qué tecnología utilizaron para cortar, transportar, levantar..., las piedras? ¿Qué relación tienen con el paisaje circundante y los astros?...

Esas hipótesis pretenden estar reflejadas en los textos que siguen, fundamentalmente en el capítulo realizado por los profesores Víctor Hurtado Pérez y Leonardo García Sanjuán, del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla, que amablemente se prestaron a ofrecer sus conocimientos a esta obra. Igualmente agradecemos a D. José Ramos y colaboradores las facilidades que han dado para la inserción en este cuaderno de un texto publicado con motivo de la excavación del dolmen de Alberite (Villamartín, Cádiz) y dedicado a la historiografía del tema.

Igualmente, habría que aprovechar esta posible fascinación en nuestros jóvenes por estos singulares edificios para introducirlos en la Prehistoria y en la Arqueología como ciencias que nos permiten conocer nuestro pasado más remoto. Y Sevilla se halla especialmente dotada de ellos, ya que son numerosos los megalitos detectados, algunos de los cuales se encuentran en buen estado de conservación, si bien debemos lamentar la destrucción de muchos otros.

En los alrededores de Sevilla se hallan dos de los focos megalíticos más importantes del continente europeo, Valencina de la Concepción y Gandul, en el término

municipal de Alcalá de Guadaíra, y algo más lejos el de Almadén de la Plata. Pero también en toda Andalucía encontramos megalitos de primer orden, y no tan lejos de nosotros: Soto y El Pozuelo en Huelva, Alberite en Cádiz, Menga y Viera en Málaga, Gorafe en Granada, Los Millares en Almería... Ello justifica la elaboración de un material didáctico que facilite al alumnado su aproximación a este mundo casi mágico y al profesorado una documentación que le ayude a responder a las cuestiones que pueden plantearse en una visita con sus alumnos y alumnas, participando de las últimas hipótesis expuestas en el mundo científico.

El trabajo, como viene siendo habitual en los materiales realizados por el Gabinete Pedagógico de Bellas Artes, se presenta en dos partes. Una, el Cuaderno del Profesorado, pensado para cubrir las necesidades del citado profesorado para realizar una adecuada visita a estos monumentos. La otra, Cuaderno del Alumnado, en la que priman las ilustraciones con reconstrucciones y recreaciones que facilitarán la comprensión de los textos dedicados a los estudiantes.

En el citado Cuaderno del Alumnado, dividido en dos apartados, se ha pretendido, en el primero, exponer todo el proceso de construcción de un megalito

(Los megalitos, ¿Qué es un megalito?, Tipos de megalitos, ¿Cómo se hicieron los megalitos?, ¿Para qué hicieron los megalitos?, ¿Quiénes hicieron los megalitos? y ¿Cuándo se hicieron los megalitos?) donde predomina la ilustración acompañada de textos informativos; y en el segundo, más práctico, se ofrecen unas actividades a modo de fichas de observación destinadas al análisis de los megalitos visitables (La Pastora y Matarrubilla en Valencina, y Término y Vaquero en Gandul).

El texto del Cuaderno del Profesorado, contiene un capítulo donde se exponen unas orientaciones didácticas, otro con la historiografía del tema, un tercero con los textos aportados por los profesores Hurtado y García Sanjuán, que recogen toda la información científica referida a los propios dólmenes, un cuarto con las hipótesis interpretativas más conocidas hasta el momento, uno más, quinto, dedicado a las características físicas de los megalitos visitables, y por último, uno dedicado a la bibliografía.

Si este material permite a nuestros escolares, futuros ciudadanos, conocer mejor los megalitos andaluces y, en consecuencia, valorarlos, habremos cumplido nuestro objetivo primario, pues el último se conseguirá de forma automática ya que estamos seguros de que al valorarlos se creará una conciencia de conservación que en un futuro cercano facilitará el mantenimiento de este patrimonio monumental tan desvalido.

Figura 1. Alumnado del IES "Romero Murube" de Sevilla en la cámara del tholos de La Pastora.



II. ORIENTACIONES DIDÁCTICAS:

A continuación exponemos, de forma sucinta, los objetivos que intentamos alcanzar con las actividades propuestas en el Cuaderno de Actividades, si bien algunas de ellas necesitarán del apoyo del profesorado, para poder cubrir los citados objetivos con suficiencia.

Objetivos:

- Hacer ver al alumnado la necesidad de dividir la historia de la humanidad en períodos de acuerdo con las características de cada uno de ellos para llegar a su mejor conocimiento.
- Conocer la historia como un proceso evolutivo y sumativo.
- Conocer el legado cultural e histórico andaluz.
- Valorar y respetar el patrimonio natural y cultural como legado de la humanidad.
- Identificar y analizar las interacciones que las distintas sociedades establecen con su medio en la ocupación del espacio y el aprovechamiento de los recursos naturales.
- Analizar los procesos de cambio que experimentan las sociedades humanas en su historia.
- Valorar el conocimiento elaborado por las Ciencias Sociales.
- Acercar al alumnado al análisis crítico de los hechos colectivos.
- Conectar la obra de arte con los rasgos y problemas culturales, sociales, políticos y religiosos de una sociedad en un determinado momento y lugar.
- Situar cronológicamente hechos y situaciones relevantes del pasado.
- Conocer la significación del paso de la sociedad depredadora a la productora.
- Conocer el paso de la sociedad igualitaria a otra dividida en clases.
- Conocer el paso de la propiedad común a la propiedad privada.
- Conocer el inicio de la división del trabajo en sociedades igualitarias y sus consecuencias.
- Conocer los primeros signos de arquitectura monumental.
- Conocer el uso de la piedra como elemento constructivo.

Procedimientos:

- Manejo de información científica diversa.
- Iniciar al alumno a la lectura e interpretación de dibujos, planos y fotografías.

- Iniciación a la lectura e interpretación de gráficos y diagramas.
- La observación y toma de datos de la realidad.
- Acercar al alumno al análisis formal de la obra de arte.

Actitudes y Valores:

- Fomentar el análisis crítico de sociedades pretéritas.
- Fomentar el análisis de los cambios sociales.
- Fomentar la preocupación por el rigor y la objetividad en el trabajo.
- Fomentar la curiosidad por nuestro pasado y sus restos.
- Fomentar el interés por la conservación del Patrimonio, especialmente el arqueológico, y en particular, de nuestros megalitos.

INDICACIONES DE USO:

Si el presente cuaderno tiene el objetivo claro de informar al profesorado sobre las distintas facetas en las que se incluye el megalitismo (contextos geográfico y temporal, causas, efectos, razones de su aparición y desarrollo...) así como las últimas investigaciones desarrolladas sobre ese tema, el dedicado al alumnado pretende facilitar su comprensión desde unas perspectivas en las que prima la edad de los sujetos utilizando con profusión imágenes.

Este cuaderno de actividades pretende que el alumnado vaya encontrando respuestas a las preguntas que de modo natural se puede ir haciendo durante la visita a una construcción de estas características. Posee dos capítulos, uno de información, propio para leer y comentar en clase, antes de la visita al monumento, en el que el alumno debe hacer un acercamiento a lo que va a ver: qué son los megalitos, tipos, quiénes lo construyeron, cómo, cuándo, para qué, ...; y otro, que se compone de un pequeño texto con información general sobre el megalito en cuestión (conjuntos de Valencina de la Concepción y Gandul), así como un dibujo que pretende simular las anotaciones propias de un arqueólogo en su cuaderno de campo, y una ficha de observación en la que el alumnado podrá hacer una aproximación al análisis del edificio, poniendo en práctica los conocimientos adquiridos durante la lectura previa del cuaderno, y en el que el citado dibujo de campo juega un papel importante en cuanto a medidas y visión global. La realización de esta ficha debería ir acompañada de comentarios sobre los distintos aspectos de la construcción y sociedades que la levantaron, especialmente sobre lo que representaría para este tipo de gentes tal esfuerzo colectivo y la necesidad de una dirección, seguramente impuesta.

Figura 2: Alumnos y alumnas en la puerta del edificio que protege la entrada al *tholos* de La Pastora.



La visita al conjunto de Valencina se hace de forma reglada, es decir, con la compañía de un guarda responsable de la protección de los monumentos (ver capítulo de utilidades). En cambio la visita a Gandul se hará a criterio del profesor, dado su estado de semiabandono. Situado en un paisaje relativamente abierto, desde cada uno de los megalitos pueden divisarse los demás, incluido el posible poblado. Así, proponemos la visita a los *tholoi* del Término y del Vaquero, que cuentan con sendas fichas de estudio en el cuaderno del Alumnado. Los restos de los de Las Canteras y Pedrejón se hallan inmediatos al del Vaquero, y un quinto, el de La Casilla o Lozana, en aceptable estado de conservación, se halla en terreno particular, a unos 150 metros al Este de la Cueva del Vaquero.

III. HISTORIOGRAFÍA DEL MEGALITISMO¹

BREVE BALANCE DE LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE EL MEGALITISMO EN EL MARCO DE LA EXPOSICIÓN DE LAS TEORÍAS DE LA CULTURA Y DE LA HISTORIA DE LAS IDEAS.

El importante avance en la investigación en los últimos años en la Península Ibérica sobre el megalitismo, desde muy diversos puntos de vista, no impide que haya un consenso general sobre el “común denominador” del mismo. Es decir, manifestaciones funerarias de diverso tipo en cuya construcción se han utilizado grandes piedras, con variadas combinaciones de sistemas constructivos, donde se impone un rito colectivo de enterramiento. Además existe uniformidad de criterios al considerar su adscripción a lo que normativamente se vino llamando Neolítico y Edad del Cobre.

Otra cuestión importante es la “interpretación” que se da a este tipo de enterramiento. Aquí incide directamente la diversidad de puntos de vista de los investigadores que abordan el estudio del megalitismo. Además hay que considerar que dada la importancia de este tipo de necrópolis en la Península Ibérica, en todo el desarrollo historiográfico desde Luis Siret (1893) a la actualidad, *“ha venido siendo considerada como una posición clave en el problema del origen y de la difusión”*.

Recientemente se han realizado diversas contribuciones sobre la historiografía del megalitismo en el marco sociológico de cada época.

El Difusionismo que veía el origen de los *tholoi* de Almería en Oriente influyó en los prehistoriadores de los años veinte, aunque hubo posiciones difusionistas matizadas, caso de Hugo Obermaier que, en la publicación del Dolmen de Matarrubilla (Sevilla), planteó que el origen de los dólmenes estaba en Oriente, pero concretó su posición conceptual al publicar el Dolmen de Soto (Trigueros, Huelva), donde si bien sigue defendiendo un origen oriental, se ve influido por Pedro Bosch Gimpera, y se plantea cuestiones como “¿Hay que considerar como los

1. Este texto es casi una transcripción literal de una parte del capítulo 14 de la obra “El dolmen de Alberite (Vilamartín). Aportaciones a las formas económicas y sociales de las comunidades neolíticas en el Noroeste de Cádiz”, edición editada y coordinada por José Ramos Muñoz y Francisco Giles Pacheco y cuyos autores son José Ramos Muñoz, Francisco Giles Pacheco, José María Gutiérrez López, Vicente Castañeda Fernández, María Lazarich González, Manuela Pérez Rodríguez, José Torres Quirós, Cristina Martínez Peces, Luis Aguilera Rodríguez, Josefa Lozano Sánchez y María José Lozano Ramírez.

constructores de los megalitos del suroeste de España a los pobladores indígenas que descendieron directamente del pueblo que ocupaba aquellas regiones ya en la época de la piedra tallada (Capsiense)?”.

Pedro Bosch Gimpera fue defensor de unos orígenes en la Península Ibérica para el megalitismo europeo. En origen daba gran importancia a los grupos de pastores autóctonos de raigambre mesolítica. Resulta paradójico que el marco de la explicación de las teorías de la cultura el “Difusionismo” fuera auspiciado y defendido con notable vehemencia por uno de los primeros arqueólogos que defendió el Materialismo Histórico como sistema de interpretación. Nos referimos a Vere Gordon Childe. Defendió que el fenómeno de expansión megalítica fue debido a verdaderos misioneros y este carácter religioso le llevará a mantener la noción del dolmen como templo, y su relación con cultos a la diosa madre. Con su reconocido prestigio ayudó a conformar y consolidar la teoría difusionista. Los modelos de comparación de tipos de plantas y ajuares evidenciaban el camino seguido por la expansión megalítica.

Así, la Península Ibérica fue un laboratorio de ensayo de las hipótesis difusionistas en los años 1950 a 1970. Las excavaciones en el poblado y necrópolis de los Millares (Almería) a cargo de Martín Almagro y Antonio Arribas cuadraron con las hipótesis de las “colonias” de la Escuela Alemana. Importantes poblados como Zambujal, Vila Nova de Sao Pedro y Millares se interpretaron como verdaderos emplazamientos dinamizadores del desarrollo económico indígena. Martínez Navarrete ha explicado brillantemente esta etapa de la investigación en su contexto sociológico. Así cabe destacar que subliminalmente se aplicó un concepto de “colonia” y “factoría” al nivel de las explicaciones posteriores de la “colonización fenicia”. Y por otro lado, el buen hacer, el rigor de las estratigrafías y el soporte historiográfico en los estudios orientales de la Escuela Alemana, junto al prestigio y la calidad profesional y humana de sus representantes valoró este modelo de interpretación durante muchos años. La contribución de E. Sangmeister, G. y V. Leisner, H. Schubart; W. Schüle y Ph. Kalb, fue así decisiva en la configuración de la Prehistoria peninsular.

En el campo del megalitismo los famosos “*Die Megalithgräber...*” del matrimonio Leisner (1943 y 1956), supusieron un gran revulsivo, pues pretendieron aunar la tradición de estudios de formas arquitectónicas con los aportes de los ajuares, planteando un modelo cronológico y cultural. Como expresaron A. Arribas y F. Molina, y ha matizado M. I. Martínez Navarrete, los Leisner valoraron el componente indígena mediante posiciones difusionistas moderadas.

Este panorama de predominio del modelo difusionista entró en evidente crisis a partir de los años sesenta con la introducción de los sistemas de dataciones absolutas y la contribución de dos autores ingleses: Glyn Daniel y Colin Renfrew. La generalización de las dataciones de radiocarbono puso en aprieto a bastantes autores, pues paulatinamente conforme se realizaban recogidas de muestras radiocarbónicas y se obtenían las dataciones de las sepulturas megalíticas occidentales, se comprobaba la mayor antigüedad de los sepulcros bretones, irlandeses y portugueses que los orientales.

En la década de los setenta las posiciones autoctonistas cobraron una vigencia destacada, recuperándose por algunos autores los viejos postulados de P. Bosch Gimpera. Glyn Daniel (1970), con un planteamiento funcionalista, dio avances significativos sobre un posible origen independiente de las tumbas de cámara en siete zonas de Europa al menos: Sur de España, Portugal, Bretaña,

Norte de Francia, Norte de Alemania, Escandinavia, Sur de Inglaterra y Escocia e incidió en la relación de los poblados con las necrópolis y en los modelos de captación de materias primas.

Con Colin Renfrew (1973 y 1976) se produjo un verdadero revulsivo en la investigación del megalitismo. Su vinculación decidida al Neolítico, su opinión de origen atlántico a mediados del Vº milenio a.C. socavaron los postulados del difusionismo oriental. Además realizó aportaciones ya clásicas en el Procesualismo, desde parámetros sociológicos, relacionando la magnitud y grandeza de los megalitos con el crecimiento demográfico y desarrollo de la vida campesina. Con el apego a la explotación de la tierra, reafirman relaciones de parentesco en sociedades segmentarias y representa un modelo de territorialidad campesina. En estudios más avanzados del desarrollo agrícola, la jerarquización social que generan las jefaturas representa una reestructuración arquitectónica, alcanzando los monumentos megalíticos el papel de centros espaciales, que reafirman los vínculos y cohesionan internamente a la propia comunidad, en un territorio que ya tiene evidencias jerárquicas de representación. La irrupción con fuerza y evidente optimismo de la Arqueología Procesual en la explicación del megalitismo conllevó diversas posiciones conceptuales híbridas entre versiones sociológicas y funcionalistas.

Así, Robert Chapman (1981 y 1991), analizando los enterramientos megalíticos de Los Millares en un marco procesual de la evolución social del Neolítico a la Edad del Bronce, establece una directa relación del mundo de los muertos al mundo de los vivos. Incide en que los enterramientos reflejan una cierta jerarquización social y que la presencia de objetos de prestigio conlleva la legitimación de un linaje, siendo el resultado de una verdadera tensión por el status social entre los linajes locales.

Antonio Gilman (1976 y 1987) desde posiciones materialistas y dialécticas, incide en lo menospreciada que ha sido la investigación sobre el medio ambiente. Profundiza en el proceso de intensificación agrícola sobre las explicaciones de la irrigación artificial y el uso de acequias. Aborda también el problema de la especialización artesanal del metal en el marco de una jerarquización social, dado que *“la mayor parte del metal se encuentra como parte de los ajuares funerarios, un contexto que sugiere que el valor del metal fue más bien social que práctico”*. Considera también que la intensificación económica es *“elemento clave para la aparición de desigualdades”*. Mantiene la importancia como estrategia subsistencial de la agricultura a partir del Vº milenio en el Sureste en las zonas húmedas.

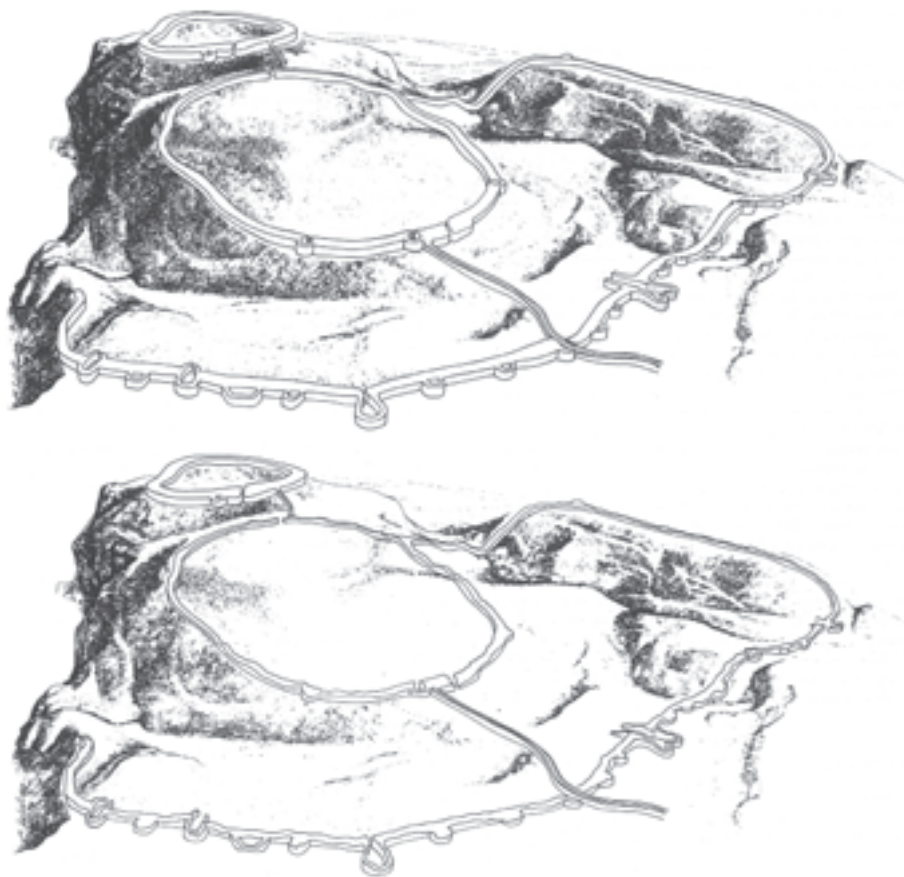


Figura 3: Ensayo de reconstrucción de las líneas de fortificación del poblado de Los Millares. Fase IIb y III (según A. Arribas *et alii*).

Las tensiones sociales que surgirían con los almacenajes de bienes requirieron la construcción de enterramientos colectivos “*para sosegar los conflictos posibles*”.

Otra aportación destacada es, a nuestro parecer, la de Oswaldo Artega quién ha analizado recientemente el proceso histórico que condujo a la formación de un estado centralizado en torno a El Argar, estudiando las formaciones sociales en un proceso de tribalización y jerarquización del territorio del Neolítico a la Edad del Bronce. Realiza aportaciones importantes en sentido geoarqueológico, centrando el problema en el seguimiento de los cambios del medio en relación a las transformaciones operadas en las formaciones económicas y sociales e incide respecto a las sociedades neolíticas en la definición de los grupos tribales en aldeas en proceso hacia la sedentarización, con una aproximación segmentaria sin jerarquización. Analiza el fenómeno de nuclearización urbanística y política que representa los Millares y señala que dicho proceso de jerarquización se observa en las necrópolis, contrastando “la ‘igualdad grupal’ que todavía mostraban las sepulturas colectivas del IV milenio, con ajuares utilitarios y rituales más equiparados (...) en comparación con el engrandecimiento ceremonial que se aprecia durante el Calcolítico”. Así considera que el “Horizonte Pleno” de Los Millares constituye una forma de explotación colectivista, aspecto que se refleja en las tumbas colectivas.

Desde posiciones materialistas, Kristian Kristiansen realiza un enfoque socioeconómico del megalitismo, profundizando en los aspectos que se infieren del mundo de los muertos, como expresión de la reproducción social. Relaciona los megalitos, en sentido amplio, con la estructura económica y la organización social.

En los últimos años, la influencia de Ian Hodder, en su etapa de arqueólogo post-procesual, ha ejercido directa incidencia sobre todo en Felipe Criado, y en la Península Ibérica se ha abordado el megalitismo del noroeste desde parámetros que podemos llamar espaciales, contextuales y simbólicos. En dicha línea, M. Shanks, y C. Tilley no ven directa relación entre las tumbas y las sociedades como plantean autores materialistas y funcionalistas, sino que profundizan en las significaciones simbólicas del ritual.

Resulta evidente que a mediados de la década de los noventa nos encontramos en un cierto momento de *impasse*. Aunque parece dominar la actitud occidentalista, el Difusionismo oriental no ha desaparecido ni mucho menos de la interpretación prehistórica en la Península Ibérica y no se mantiene sólo en representantes de la Escuela Alemana, sino que parece resurgir con fuerza (tal como hemos podido comprobar en el I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica, Gavá 1995) en la explicación del Neolítico occidental asociado a la idea de “ola de avance”.

Pocos autores discuten el origen neolítico del megalitismo y las antiguas dataciones de los sepulcros portugueses avalan el origen occidental, pero al vincularse al desarrollo de la agricultura, las influencias orientalistas se perciben aún en numerosos autores, y ello se mezcla (a veces sin asumir la gran contradicción de ambas propuestas) con modelos de explicación procesuales característicos, medioambientalistas, que intentan profundizar en modelos de captación de los objetos votivos y en las inferencias socioeconómicas.

IV. RUINAS CON GRANDES PIEDRAS. TEORÍAS Y REALIDADES SOBRE EL MEGALITISMO²

IV.1. Peleando con las definiciones

Si la Arqueología es la ciencia que se ocupa de reconstruir el Pasado de la especie humana a partir de los vestigios y residuos materiales que nuestras actividades generan allá por donde pasamos, entonces es justo decir que los megalitos figuran bastante alto en el *ranking* de los vestigios materiales que más quebraderos de cabeza (y por tanto fascinación) han producido a los especialistas de esta disciplina. Prueba de ello quizás sea el hecho de que, a pesar de ser una especialidad científica bastante joven (apenas unos 150 años, o sea prácticamente nada frente a otros campos de investigación centenarios como la química, la física, las matemáticas o la historia), la arqueología ha conocido ya el desarrollo de numerosas teorías y aproximaciones distintas (a veces bastante contradictorias entre sí) al tema del *megalitismo*.

Sin embargo, como *cosa humana*, el megalitismo es ciertamente varios miles de años más antiguo que la arqueología, así que quizás deberíamos empezar las cosas por el principio y preguntarnos de entrada qué es el megalitismo exactamente. Desafortunadamente nuestra pregunta de partida, aunque bien formulada, es ya bastante difícil de responder. En la obra literaria *A Través del Espejo* de Lewis Carroll el personaje Humpty Dumpty desconcierta a Alicia cuando le dice que “Cuando yo utilizo una palabra, significa solo y exactamente lo que yo elijo que signifique, ni más ni menos.” En realidad, la dificultad de definir conceptos aparentemente simples de forma nítida y concisa es una compañera bastante habitual de viaje entre esos hombres y mujeres que viven y trabajan en estado de permanente confusión mental y de curiosidad insatisfecha y a los que nos referimos habitualmente como científicos. Los científicos y las científicas se esfuerzan mucho por utilizar el lenguaje de forma mesurada y comprensible para poder entenderse bien, pero eso no quiere decir ni mucho menos que siempre lo consigan, ni que siempre quieran decir exactamente lo mismo cuando utilizan una palabra dada. Ni siquiera entre biólogos o físicos astrónomos hay mucho acuerdo en cómo definir conceptos tan aparentemente

2. El texto de este capítulo ha sido escrito por Leonardo García Sanjuán y Víctor Hurtado Pérez, profesores del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla.

claros para el resto de los mortales como por ejemplo *vida* o *planeta*. Algo así sucede con el concepto de *megalitismo*, de manera que, siguiendo el consejo de Humpty Dumpty, haremos aquí y ahora un pequeño esfuerzo por clarificar qué queremos decir cuando utilizamos determinados vocablos relacionados con este tema.

En principio, como ya se ha dicho anteriormente en este cuaderno didáctico, el vocablo español *megalito* es un término derivado de la yuxtaposición de las palabras griegas *mega* (grande) y *lithos* (piedra). Por tanto, podríamos decir sin temor a equivocarnos que los megalitos son construcciones elaboradas con grandes piedras, lo cual es básicamente correcto. Y sin embargo, probablemente cualquier egiptólogo se quedaría bastante desconcertado si un entusiasta estudiante español de Historia, de viaje de fin de curso por el país del Nilo, señalara a una de las portentosas pirámides de la planicie de Giza y exclamara felizmente “¡megalito!” En efecto, las pirámides del antiguo Egipto están construidas con piedras de considerable tamaño y en un sentido etimológico estricto quizás fuese hasta cierto punto correcto denominarlas “megalitos”; pero es previsible que para ningún especialista en arqueología prehistórica o egipcia esto fuera muy aceptable.

Claramente, ya que existen en la experiencia humana presente y pasada muchísimas construcciones elaboradas con grandes piedras a las que no es apropiado denominar megalitos, debemos ser algo más precisos en la definición e ir más allá de lo estrictamente etimológico. Para empezar debemos matizar que, desde un punto de vista cultural, de forma casi universal se utiliza el término en relación a construcciones monumentales levantadas por sociedades prehistóricas, esto es, sociedades que no utilizan la escritura. Ni la sociedad egipcia, ni la romana ni la maya, en todas las cuales se daba la erección de monumentos con grandes bloques de piedras, son consideradas prehistóricas, ya que conocían y utilizaban la escritura. En este sentido, los monumentos megalíticos constituyen un fenómeno muy extendido en el espacio y en el tiempo, ya que las sociedades prehistóricas han sido más numerosas que las históricas hasta hace apenas cinco siglos.

Geográficamente encontramos construcciones megalíticas en importantes densidades por una amplia franja de Eurasia que parte de Europa occidental (desde Dinamarca hasta el estrecho de Gibraltar) y llega hasta el sub-continente hindú pasando por el Próximo Oriente. También se documentan en el norte y centro de África y hasta en las islas de la Melanesia en el Pacífico (Figura 4 y Figura 5). En el continente americano no han sido documentados de modo regular, pero sí se conocen casos en Colombia e incluso algunos monumentos tumulares erigidos por poblaciones indígenas norteamericanas han sido considerados análogos a los monumentos megalíticos del Viejo Mundo. Cronológicamente, se ha constatado que algunos de los más antiguos de estos monumentos (por ejemplo en Portugal o en la Bretaña francesa) fueron erigidos hace cerca de 7000 años, esto es en la primera mitad del V milenio antes de nuestra era (a.n.e. en lo sucesivo), mientras que en otras regiones se han construido o utilizado en la Edad del Bronce, en la Edad del Hierro e incluso más recientemente. Tanto así, que en la Melanesia aún hoy día siguen siendo utilizados por aquellas escasas comunidades indígenas que todavía no se han aculturado completamente por las costumbres y la forma de vida occidental.

En un primer momento de desarrollo de la Arqueología, cuando no se disponía todavía de métodos de datación científicos (estos comenzaron a desarrollarse a partir de la década de los cincuenta), esta amplia distribución geográfica del megalitismo resultó muy desconcertante. Así, en el caso de Europa, sólo se acertó a explicar el fenómeno como resultado de un proceso de *difusión cultural*

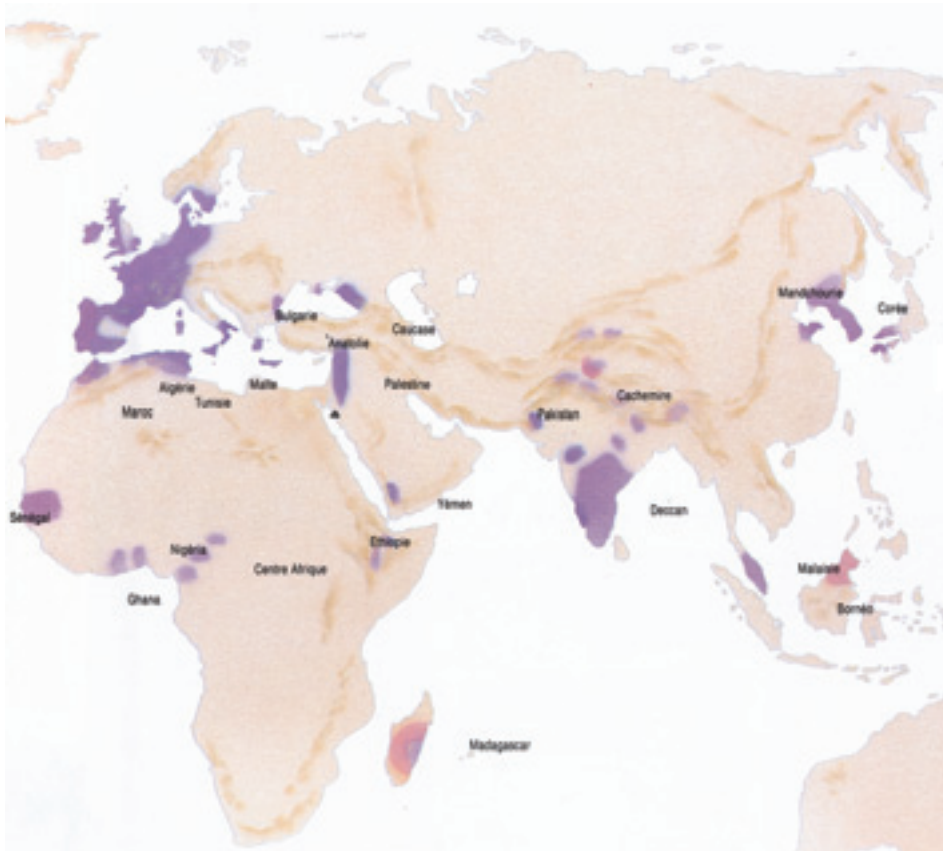


Figura 4: Mapa de distribución del Megalitismo en el Viejo Mundo. Según J.P. Mohen (1990).

hacia occidente originado en las civilizaciones *superiores* del Próximo Oriente y el Egeo. Esta teoría se comprobó errónea cuando a comienzos de los años setenta, el prehistoriador británico Colin Renfrew analizó la lista creciente de dataciones radiocarbónicas que situaban a muchos de los monumentos de Europa occidental en una cronología bastante anterior al desarrollo de los del Egeo.

En segundo lugar, deberíamos especificar algo más el significado del término desde el punto de vista arquitectónico. A este respecto, cabe decir que el



Figura 5: Estelas megalíticas de Tiya (Etiopía): Según R. Joussaume (1999).

megalitismo engloba muy concretamente construcciones erigidas siguiendo una técnica arquitectónica basada en la distribución de fuerzas y pesos mediante muros hechos con piedras de enorme tamaño y cubriciones adinteladas elaboradas con aparejo en seco (es decir, sin cemento o argamasa) y que excluye por completo el uso del arco (aunque se dan algunos e interesantes experimentos hacia la bóveda y la cúpula). Es un tipo de arquitectura que a menudo puede aparecer descrita en los manuales como *ciclópea* por basarse precisamente en la utilización de grandes bloques de piedra que se encajan en seco.

La no utilización del arco, que es un desarrollo técnico de la arquitectura relativamente reciente en el Pasado humano, no debe necesariamente interpretarse como prueba de una menor sofisticación o complejidad de las construcciones megalíticas. Al contrario, algunas de ellas resultan impresionantes aún hoy día, cuando estamos acostumbrados a ver con toda normalidad edificios de 30 plantas y otras muchas proezas arquitectónicas y de ingeniería en cualquier ciudad. Es ciertamente difícil no impresionarse ante las moles de piedra empleadas en algunas construcciones megalíticas (con frecuencia de muchas decenas de toneladas de peso), transportadas y manejadas por comunidades que no disponían de elementos técnicos básicos hoy día para el movimiento de grandes pesos como por ejemplo la rueda. Por sólo mencionar unos ejemplos, se podría citar el caso del Gran Menhir Brisé de Locmariaquer (en la región de Bretaña, Francia) de 20 metros de altura y unas 280 toneladas de peso, o algunos de las cámaras megalíticas de Bougon (Deux-Sevres, Francia), donde se conocen losas de cubrición de hasta 80 toneladas de peso (Figura 6), o del dolmen de Anta Grande de Zambujeiro (Evora, Portugal), uno de los más grandes de la Península Ibérica con varios ortostatos de más de cinco metros de altura y hasta dos de anchura (el término griego *ortostato* quiere decir literalmente “las que se encuentran rectas” en referencia a las losas de piedra clavadas verticalmente). Podríamos hablar, por tanto, del megalitismo como de una de las más primitivas formas de arquitectura en piedra que se han documentado en nuestro Pasado, y al mismo tiempo como un avance en el transporte y movimiento de grandes pesos y su utilización arquitectónica.

Algunos de los más antiguos monumentos megalíticos tienen precedentes inmediatos conocidos en lo que se ha dado en llamar la arquitectura *megaxílica*, es decir, la arquitectura basada en la utilización de grandes troncos y otros elementos de madera. A partir de una arquitectura en materiales percederos que a menudo no ha dejado apenas trazas arqueológicas identificables, numerosas sociedades en el mundo llegaron a aprender, de forma espontánea e independiente, a erigir formidables cámaras y espacios mediante la utilización de bloques de piedra de gran tamaño a menudo traídos desde considerables distancias. Tanto es así que por toda Europa es frecuente encontrar sitios megalíticos a los que la costumbre ha asignado nombres de lugar (topónimos) relacionados con míticas razas de gigantes

Figura 6: Monumentos funerarios de Bougon (Deuz Sevres, Francia).



(*sitio del gigante, hoyo del gigante, piedra del gigante, etc.*). En España, la mitología popular ha dado a estos monumentos, además de los de gigantes, nombres relacionados con brujas y *moros*. Evidentemente, desde que se perdió la memoria del origen y significado de las construcciones megalíticas y hasta que los arqueólogos comenzaron a estudiarlas de forma científica en el siglo XIX, muchos de estos monumentos fueron asociados a seres fantásticos, bien capaces de transportar las enormes losas en sus brazos, bien dotados de poderes sobrenaturales.

En tercer y último lugar, deberíamos matizar que el concepto de megalitismo se aplica fundamentalmente (y por convención más o menos tácita de los especialistas) a construcciones relacionadas con actividades religiosas como son por ejemplo la conmemoración de la muerte y el cuidado a los muertos (y/o culto a los antepasados) o la celebración de ceremonias y rituales de reproducción ideológica. En este sentido, una construcción civil, por ejemplo una muralla o fortificación, erigida con una técnica ciclópea semejante (o incluso idéntica) a la aplicada en los monumentos megalíticos, no debería ser descrita como *megalítica*.

En definitiva, volviendo de nuevo a la paradoja etimológica inicial (y a las dificultades de los científicos para adoptar definiciones de sentido común), las construcciones megalíticas podrían ser conceptuadas como una forma primigenia de arquitectura en piedra, practicada por sociedades prehistóricas ubicadas en regiones muy diversas (y alejadas entre sí) de nuestro planeta y que comienza en Europa hace unos 6500 a 7000 años (en los casos más antiguos de los que tenemos actualmente noticia), pero que se desarrolla posteriormente y de forma espontánea en diferentes momentos del Pasado; una arquitectura basada en unos principios constructivos específicos tales como la utilización de enormes bloques de piedra que, aparejados en seco y formando dinteles, creaban cámaras y espacios destinados a diversos usos y funciones de carácter esencialmente mágico-religioso.

La siguiente pregunta a plantearse sería, por tanto ¿cuál o cuáles fueron exactamente los propósitos y fines con los que esta *arquitectura de gigantes* fue concebida y ejecutada? Antes de intentar responder a esa pregunta será necesario, sin embargo, dar un repaso al amplio y rico repertorio de formas y aspectos que los monumentos megalíticos han asumido en su larga singladura por el espacio y por el tiempo.

IV.2. Recintos, cámaras y espacios

Una llamativa característica del fenómeno megalítico es su *polimorfismo* (es decir, la variedad de formas en que se presenta). Difícilmente podía haber sido de otra manera, dado que, como se ha comentado anteriormente, este fenómeno cultural muestra una gran amplitud de desarrollo en el espacio y en el tiempo. En buena medida, la variabilidad morfológica de las construcciones megalíticas responde a variaciones en su funcionalidad: como en los diseños biológicos, en los diseños arquitectónicos función y forma están íntimamente ligados. Pero, dado que ya hemos señalado que restringimos el concepto de megalitismo a una arquitectura de carácter funerario y mágico-ritual, también hay que tener en cuenta otros elementos presentes en los diseños de los constructores de megalitos tales como la voluntad de recrear complejos simbolismos y metáforas a través de las formas, espacios, iluminaciones y colores o la intención de insertar y relacionar los monumentos con los elementos circundantes de la naturaleza (línea del horizonte, montañas, el sol, las estrellas).

Menhires. En principio, el monumento megalítico más sencillo es un gran bloque de piedra hincado en el suelo, un *menhir*. La palabra menhir significa “piedra” (*men*) “alargada” (*hir*) y deriva del bretón, la lengua tradicional (hoy día es ya muy minoritaria) de la Bretaña francesa, una de las regiones de Europa con mayor concentración de sitios megalíticos. Los menhires constituyen una versión pétreo de los postes y representaciones totémicas hechos en madera que son universalmente conocidos entre las sociedades prehistóricas documentadas por los etnógrafos y que solo muy raramente se conservan en yacimientos arqueológicos de miles de años de antigüedad. Los menhires conforman a su alrededor un espacio simbólico destinado a la celebración de ritos, danzas y sacrificios y a menudo están decorados con pinturas o grabados que refuerzan su significado para los participantes.

A veces, incluso la propia forma del menhir conlleva un significado específico: cerca de la ciudad de Évora, en la región portuguesa del Alentejo (donde se halla otra de las más formidables concentraciones de megalitos de Europa) se encuentra el menhir de Outeiro, de 5.60 metros de altura y 8 toneladas de peso, que representa un pene erecto (en su extremo superior tiene representado el meato urinario). La simbología sexual es relativamente frecuente en el megalitismo, y se puede explicar en el contexto de los sistemas de creencias de las sociedades que erigían estos monumentos, como se discutirá más adelante. En ocasiones los menhires son trabajados de tal modo que claramente traspasan el umbral de lo que podríamos denominar *monolito decorado* para pasar a ser verdaderas *esculturas* (de hecho la distinción entre una cosa y otra puede depender mucho de las categorías semánticas que se apliquen). Dentro de la terminología de la investigación del megalitismo se habla de “estatuas” o “estelas” menhir en referencia a bloques de piedra clavados en el suelo, aisladamente o como parte de un monumento (funerario o ceremonial), en los que se han tallado partes anatómicas o figuras completas de animales y seres humanos, estos últimos a veces acompañados de artefactos o atributos personales tales como ropajes, ornamentos, armas, etc. (Figura 12). Dentro de España, uno de los más bellos ejemplos de estos menhires *estatuas* o *estelas* es el encontrado por los profesores P. Bueno Ramírez y R. de Balbín Hermann en la cámara funeraria del Dolmen de Navalcán (Toledo): esta pieza, de 1,6 metros de altura y de forma fálica, tiene esculpida una serpiente que asciende zigzagueante hacia su parte superior (Figura 7). La serpiente ha sido considerada un animal sagrado en muchas culturas, y sin duda en el monumento de Navalcán representa un simbolismo relativo a la cosmovisión de la comunidad que lo construyó, un simbolismo que todavía se nos escapa (o que quizás nunca lleguemos a comprender).



Figura 7: Estela de Navalcán. Según P. Bueno y colaboradores (1999).

Prueba de que muchos de estos menhires debieron constituir representaciones de divinidades o entidades sagradas es que a menudo fueron reutilizados y colocados como parte integrante de monumentos creados con posterioridad a su erección original. Por otra parte, ya se ha citado anteriormente cómo algunos menhires llegaron a alcanzar dimensiones asombrosas, en parte como resultado de lo que pudo ser una verdadera *competición* entre comunidades o unidades parentales (clanes, familias) por demostrar su riqueza de recursos y poder y por mejor servir a sus divinidades. Ello explica que en determinadas regiones se registren no unidades, sino decenas o cientos de menhires erigidos unos juntos a otros como prueba de la competición social por complacer a los dioses (lo cual, en los asuntos humanos, suele esconder una competición por el poder). Este fenómeno se documenta

por ejemplo entre los primitivos habitantes de la Isla de Pascua en relación con la erección de los *moai*, las esculturas antropomorfas sobradamente conocidas por el público en general.

Círculos y alineaciones de menhires. Precisamente, una versión más compleja de espacio sagrado megalítico viene constituida por la agregación de una serie de menhires formando una alineación o un círculo. En el primer caso los menhires se disponen en una o múltiples filas a modo de avenidas o calles. Quizás el caso más renombrado dentro del megalitismo europeo sea el de las agrupaciones de Kermario, Kerlescan, Le Manio y Le Ménec, en Carnac (Bretaña francesa) donde impresionantes “ejércitos de piedra” se erigen silenciosos en bien medidas filas desde hace miles de años.

Los segundos, mucho más frecuentes en el megalitismo europeo, se denominan *cromlechs*, (del galés “piedras” -*crom*- “en curva” -*llech*-). Los cromlechs forman a veces intrincados diseños de círculos concéntricos, resultado bien de las sucesivas reformas y diseños experimentados por el monumento o bien de profundos significados simbólicos que en muchos casos no han podido ser todavía interpretados (por la antropología sabemos de la significación enormemente sofisticada en términos de cosmogonía y cosmovisión que, entre las sociedades prehistóricas, pueden llegar a tener figuras geométricas aparentemente sencillas). A veces, especialmente en las Islas Británicas, los cromlechs se combinan con zanjas y terraplenes que delimitan exteriormente el círculo de menhires, cerrando su acceso y ocultando la vista de lo que sucede dentro a los ojos de aquellos que quedan fuera del recinto. Estos recintos monumentales con zanja y terraplén se conocen con el término inglés *henge* (de etimología incierta) y posiblemente algunos de los más renombrados a escala mundial sean los de Stonehenge y Avebury (Wiltshire, Reino Unido), los cuales conforman conjuntamente un sitio Patrimonio de la Humanidad por su singularidad y valor cultural.

Stonehenge (Figuras 8 y 9) fue construido hace unos 5.000 años como un recinto de fosa y terraplén de unos 100 metros de diámetro, con un anillo interior de postes de madera y dos entradas alineadas al orto solar de verano. En los casi 1.500 años en que el monumento fue utilizado (parece que su abandono final se produjo en torno a 1600 a.n.e.) experimentó diversas reconstrucciones que le llevaron a asumir el aspecto que hoy resulta mundialmente conocido. Una de las reformas más importantes del monumento (unos 400 años después de su fundación) es la que supuso la creación en su centro de un anillo semicircular de menhires traídos desde las montañas Preseli, situadas al Oeste de Gales, a unos 384 kilómetros de distancia de la planicie de Salisbury, donde se encuentra Stonehenge. Las circunstancias que pudieron conducir a que se transportasen esas



Figura 8: Aspecto general de Stonehenge (Reino Unido). Según C. Chipindale (1983).



Figura 9: Excavaciones en Stonehenge a comienzos del siglo XX. Según C. Chippindale (1983).

pedras desde tan lejos no son conocidas, aunque la literatura y el folclore popular británicos han encontrado en ellas un rico filón de historias y explicaciones románticas. Más tarde aún, entre 2400 y 2300 a.n.e. se realizó la reforma más genial del monumento, y la que le da su carácter prácticamente único, consistente en la erección de un círculo interior con 30 bloques de piedra (en este caso local) de unos 4 metros de altura y 25 toneladas de peso cada uno, formando un anillo adintelado dentro del cual se creó otro semicírculo adintelado. Los menhires *galeses* del antiguo anillo fueron reorganizados y se abrió una avenida ceremonial en el acceso nororiental del henge. Con su nuevo y *revolucionario* diseño, el monumento aún permanecería en uso durante nada menos que unos 800 o 900 años más, hasta que fue abandonado por razones que to-

avía no se han comprendido completamente (un cambio profundo de las creencias religiosas predominantes pudo tener bastante que ver).

Pero si Stonehenge es buen ejemplo de la sofisticación conceptual y técnica que en algunos casos alcanzaron los templos megalíticos, entonces el henge de Avebury es sinónimo de grandiosidad. En efecto, este colosal henge tiene un diámetro de cerca de 400 metros (parte de la población medieval y moderna local creció *dentro* del monumento prehistórico), una zanja perimetral de hasta 9 metros de profundidad y un terraplén exterior (hecho con la tierra que se extrajo de la zanja) de unos 6 metros de altura (Figura 10). Dentro del henge de Avebury se disponía un cromlech principal que rodeaba toda la circunferencia del recinto hecho con bloques de piedra de hasta 3 metros de altura, y otros cromlechs de diámetro más reducido. Además, Avebury tenía al menos dos enormes avenidas ceremoniales de acceso de casi tres kilómetros de longitud en sus entradas Sur y Oeste (los restos de las de los lados Este y Norte, si alguna vez existieron, no se han encontrado todavía; hay que tener en cuenta que muchos de los bloques de piedra de este monumento fueron reutilizados en construcciones posteriores).

Tanto Stonehenge como Avebury epitoman los tres elementos principales que han hecho que los templos y cultos megalíticos hayan ejercido tanta fuerza e influencia en el imaginario colectivo, históricamente y todavía en la actualidad: sofisticación técnica, grandiosidad y permanencia temporal. Con respecto a la primera ¿cómo no sentirse impresionado por la hazaña de unas comunidades que transportaron piedras por tierra y mar cubriendo una distancia de casi 400 km sin contar con la rueda y tan solo con unas embarcaciones rudimentarias? Con respecto a la segunda, siempre ha llamado poderosamente la atención de los arqueólogos el que, frente al descomunal esfuerzo invertido en la construcción de estos recintos sagrados, los poblados y aldeas ocupados por sus constructores neolíticos y de la Edad del Bronce eran comparativamente modestos. Ni el tamaño de los asentamientos ni su número sugieren una densidad de población muy alta, lo que se ha interpretado como indicio de que distintas comunidades debieron colaborar

en la construcción de tales monumentos. Con respecto a la tercera, la permanencia o vigencia en el tiempo de la fascinación por los recintos megalíticos, más adelante se dedicará más espacio a este tema. Baste decir por ahora que ninguna catedral gótica europea ha alcanzado ni de lejos la edad que llegó a tener Stonehenge como recinto sagrado activo. O que cada año en Junio se da una cierta polémica en el Reino Unido por que las asociaciones *druídicas* existentes en este país pugnan por celebrar el solsticio de verano dentro del recinto de Stonehenge, a lo que se oponen las autoridades culturales por el perjuicio que ello puede suponer para tan antiguo y frágil monumento.

Y sin embargo, la mayoría de los monumentos megalíticos conocidos no son del tipo recinto ceremonial (cromlech o henge), sino más bien del tipo que podríamos describir genéricamente como *cámara funeraria*. Efectivamente, uno de los papeles fundamentales de las construcciones megalíticas fue, desde primera hora, el de servir de cámaras mortuorias.

Cámaras funerarias. Las cámaras funerarias megalíticas más sencillas se denominan *cistas* y *dólmenes*. Las cistas (del latín *cistus* para “cesta”) son fosas excavadas cuyas paredes se recubren de ortostatos y sobre las que se disponen horizontalmente una o más losas como cerramiento. Por su parte, los dólmenes toman su nombre de la versión francesa del bretón “mesa” (*taol*) “de piedra” (*men*) y parten de un concepto ligeramente distinto, ya que la cámara no es excavada, sino superficial: el espacio de la misma se delimita con ortostatos clavados en el suelo pero que sobresalen una buena porción sobre la superficie y con un techo adintelado a partir de losas dispuestas horizontalmente.

Sobre el esquema básico de cistas y dólmenes se desarrolló por todo el Viejo Mundo una amplia variabilidad arquitectónica, donde las sencillas cámaras de unas y otros se convirtieron en corredores y galerías, bien rectas, bien curvas, a veces quebradas, a veces regulares, a veces con nichos, cámaras y pasajes laterales, y que a veces también conducían a otras cámaras en su extremo profundo. Algunas galerías megalíticas llegaron a tener gran porte, anchura y longitud; entre las más hermosas e impresionantes de Europa se encuentran precisamente las del Dolmen de La Pastora (Valencina de la Concepción, Sevilla) y la de la Cueva del Romeral (Antequera, Málaga).

En muchas de estas construcciones se han encontrado puertas que parecen delimitar diferentes *tramos* o *segmentos* a lo largo de las galerías o corredores y que no tienen una función estructural, por lo que se ha propuesto que representan metafóricamente *estadios* o momentos en el *viaje* que realizan los difuntos desde el mundo de los vivos hacia el mundo de los muertos. Algunas de estas puertas

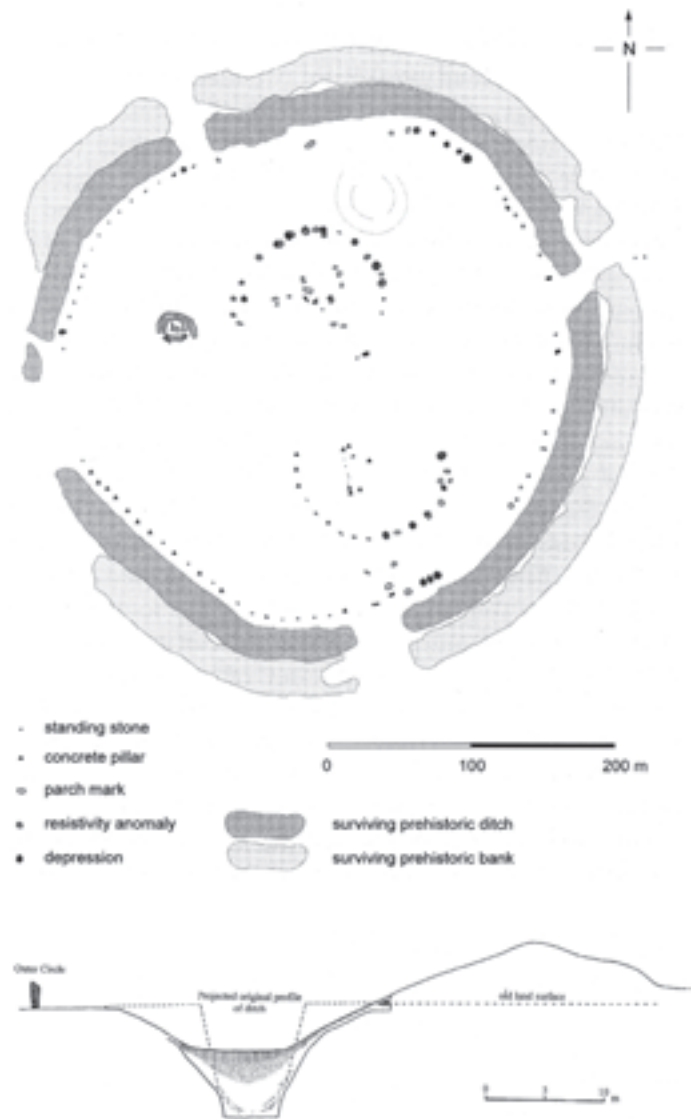


Figura 10: Planta y Sección del Henge de Avebury. Según J. Pollard y A. Reynolds (2002).

están hechas de forma muy simple, colocando de forma transversal al sentido de la galería un bloque de piedra en cuyo centro se ha practicado un orificio de tamaño suficiente para que pase una persona, como ocurre en Los Millares donde, a veces, estos orificios circulares se tapaban con otra losa móvil, a modo de portón. En la mayoría, los tramos o puertas aparecen simplemente sugeridos por piedras verticales que estrechan el corredor. La utilización de losas perforadas como puertas es una solución frecuente en las grandes *tumbas de gigantes* de la denominada cultura *nurágica*, (que se desarrolló en la isla de Cerdeña durante la Edad del Bronce, es decir durante el II milenio a.n.e.). Las tumbas de gigantes constan de una galería cubierta elaborada con aparejo ortostático y presentan una cabecera o fachada absidal en U formando un espacio ceremonial delante de la entrada. En algunos de estos monumentos como Sena de Thomes o Li Mizzani el acceso al interior de las cámaras se hace a través de una oquedad labrada en una gran losa de hasta varios metros de altura que sobresale por encima del nivel de la galería cubierta y que ejerce un poderoso efecto intimidatorio cuando, agachado, uno se dispone a entrar en el sepulcro (Figura 11).

Otro elemento arquitectónico que se hizo extraordinariamente frecuente en muchas de estas cámaras mortuorias megalíticas fue el túmulo. Las cámaras en sí podían ser subterráneas, semi-subterráneas o superficiales, pero en todo caso, en un elevado porcentaje de casos eran recubiertas, además de por su *armazón megalítico*, por un montículo de tierra o piedras de menor tamaño (o por las dos cosas) que incrementaba la altura, la monumentalidad y la visibilidad de la construcción. Para que los materiales acumulados que formaban el túmulo no se desplazasen hacia abajo, el mismo era con frecuencia delimitado por un anillo de piedras sólidamente clavadas en el suelo que hacían las veces de pantalla de sujeción. Cuando en una misma zona se reúnen numerosos túmulos megalíticos (por una dilatada utilización temporal de los mismos o por una fuerte densidad demográfica), el efecto visual desde lejos es el de impresionantes *ciudades tumulares para los muertos*. La idea del túmulo como recurso para la monumentalización y dignificación del

Figura 11: “Tumba de Gigante” de Thomes (Dorgali, Cerdeña). El gran bloque monolítico central que preside la fachada aparece horadado en su parte inferior para permitir el acceso al interior de la cámara. Fuente: M. Hoslin (2001).



lugar de reposo de los difuntos tendría tanto éxito que siguió siendo utilizado con gran profusión durante toda la Prehistoria reciente europea, e incluso durante época romana y sucesivos periodos históricos.

Dentro de la secuencia de la Prehistoria del Viejo Mundo, en un momento avanzado del desarrollo del megalitismo (en la Edad del Cobre en la Península Ibérica) se dio un importante avance técnico que permitió solucionar el problema de la cubrición de una forma original. Se trata de la llamada *falsa cúpula*, esto es una cúpula formada por hiladas de piedra donde cada una sobresale hacia dentro algo más que la anterior y donde las filas superiores sujetan con su peso a las inferiores. Los monumentos construidos con esta técnica se denominan *tholoi* (término griego que designa precisamente este tipo de construcciones). No está claro todavía por qué algunas comunidades optaron por este procedimiento en la arquitectura de sus cámaras funerarias. No parece que este desarrollo supusiera necesariamente que se ganase en altura con respecto al procedimiento de techado adintelado (ya hemos visto que las cámaras de algunos dólmenes adintelados y con una única losa de cubrición alcanzaron alturas de varios metros). Es posible que al instalarse algunas comunidades en zonas con escasez de rocas adecuadas para ser talladas en forma de grandes ortostatos se desarrollase la alternativa de cerrar la cubierta de la cámara mediante aproximación de hiladas de piedras de menor tamaño. En muchos casos incluso se excava una parte de la cámara del tholos en el subsuelo, quedando por encima del nivel del suelo únicamente la mitad superior de la falsa cúpula y el túmulo que la recubre; por ello en muchos casos se denominan *cámaras hipogeas* (“subterráneas” en griego). Es posible por otra parte que el desarrollo de la falsa cúpula respondiera simplemente a una opción estética o simbólica: la falsa cúpula permite dar una forma diferente al espacio funerario, con paredes curvadas que se unen formando un espacio semi-esférico.

Un último elemento de la arquitectura funeraria dolménica que se ha venido descubriendo en las investigaciones más recientes es el de la decoración pictórica y grabada. Frente a la creencia sostenida durante mucho tiempo de que las paredes y techos de piedra de los sepulcros megalíticos estaban desnudos, los estudios recientes han empezado a demostrar que en muchos casos originalmente se encontraron ricamente decorados con pinturas multicolores hechas con sofisticadas mezclas de colorantes orgánicos (por ejemplo, sangre de animales) e inorgánicos (minerales triturados) que sin duda habrían hecho mucho más intensa la experiencia sensorial y emocional de penetrar en ellos. La mayoría de estas pinturas no han resistido muy bien el paso del tiempo, pero entre los vestigios conservados y los símbolos y motivos que aparecen grabados en los monumentos megalíticos (en los ortostatos, en los menhires y en las estelas) se ha ido definiendo en los últimos años todo un conjunto de expresiones gráficas que se conocen como “arte megalítico” y que guarda bastantes analogías con el arte rupestre que practicaban las mismas comunidades constructoras de megalitos. Tanto así, que últimamente ha empezado a sospecharse que algunos de los símbolos grabados y pintados que se repiten en monumentos y en cuevas y abrigos naturales pudieron constituir un verdadero *código* con significados muy precisos para sus autores y contemporáneos. La Figura 12 muestra un caso de una de las más bellas estatuas-mehir de la Prehistoria europea, mientras que la Figura 13 muestra uno de los ortostatos grabados del monumento de Gavrinis, situado en la Bretaña francesa, quizás el caso más impresionante de decoración pictórica grabada en todo el complejo megalítico europeo.



Figura 12: Estatua menhir neolítica conocida como la *Dama de Saint-Sernin*, descubierta en Sain-Sernin-sur-Rance (Aveyron, Francia). La estela muestra partes anatómicas (ojos, brazos, senos) y atributos personales (ropajes, ornamentos). Fuente: Philippon, A. (Ed.) (2002).



Figura 13: Arte megalítico en la cámara funeraria de Gavrinis (Morbihan, Francia). Los ortostatos que componen esta cámara están en su mayoría intensamente decorados con motivos abstractos y figurativos grabados de forma abigarrada y con un acentuado horror vacui que producen un fuerte impacto sensorial en el observador. Fuente: Le-Roux C. L. (1995).

Dentro de las cámaras funerarias megalíticas se producían muy diversos actos escatológicos (la *escatología* se define como el conjunto de creencias y prácticas que tienen que ver con la muerte y la vida de ultratumba). La diversidad en este terreno es muy amplia: tan amplia como es la fascinante gama de costumbres y procedimientos que la especie humana ha desarrollado para negociar un reto tan desconcertante para la mente como es la muerte. Muchas cámaras funerarias megalíticas recibían deposiciones de carácter *secundario*, es decir, los cadáveres se descomponían en algún otro lugar y luego los huesos secos eran trasladados y cuidadosamente dispuestos dentro del sepulcro (a veces se seleccionaban sólo determinados huesos, como el cráneo, por considerárseles más representativos del difunto). En otros casos eran de carácter *primario*, es decir que los cadáveres eran depositados completos dentro de la cámara y allí se descomponían (ello es bastante fácil de establecer arqueológicamente en base al grado de articulación anatómica que presentan los esqueletos cuando son hallados).

Los sepulcros megalíticos fueron en muchos casos utilizados por generaciones sucesivas a lo largo de dilatados periodos de tiempo. A menudo cuando comenzaba a escasear el espacio, los huesos que llevaban más tiempo descansando en la cámara eran agrupados o amontonados en una esquina para dejar paso a los nuevos difuntos. En ocasiones se han encontrado dentro de una misma cámara los huesos mezclados y amontonados de decenas o incluso cientos de individuos: abuelos, hijos, nietos y bisnietos descansando juntos en el mausoleo del clan. Según recogen viajeros y etnógrafos, para el pueblo Merina de Madagascar los huesos de los miembros del clan debían ser mezclados en las cámaras funerarias colectivas de forma que no se distinguieran los de un individuo con los de otro para así representar metafóricamente en el ámbito de la muerte la endogamia grupal que practicaban en vida. Es posible que la mezcla y amontonamiento de huesos entre las comunidades megalíticas de Europa tuviera un significado parecido. En otros casos, sin embargo, parece que determinadas cámaras megalíticas fueron erigidas para albergar solamente un número reducido de cuerpos, quizás personas escogidas por su elevada jerarquía social.

En cualquier caso, por sorprendente que pueda parecer, todavía no se tiene mucha información científica de calidad sobre las pautas escatológicas que tuvieron lugar en los monumentos megalíticos de la prehistoria del Viejo Mundo. Ello se debe en parte a que una enorme cantidad de megalitos han llegado expoliados y destruidos hasta nuestros días por que durante toda la Historia han despertado la atención y la curiosidad de saqueadores o aficionados a las antigüedades. En parte también se debe a que hace relativamente poco tiempo que la disciplina arqueológica ha empezado a prestar atención seriamente a los problemas de antropología física (estudio de los restos esqueléticos) y tafonomía (estudio de los procesos a través de los cuales los restos de los organismos muertos en las diversas partes de la biosfera, una vez fosilizados, se convierten en parte de la litosfera). Se trata, por consiguiente, de un fascinante ámbito de estudio del megalitismo que con toda seguridad va a deparar muchas e interesantes sorpresas en los próximos años.

Una costumbre casi universal en relación con los ritos funerarios del megalitismo es el acompañamiento de los muertos con ofrendas y regalos funerarios. Estos ajuares funerarios incluían todo tipo de cosas, desde vasijas cerámicas con alimentos hasta flechas, lanzas, hachas y otras herramientas de piedra y de metal, pasando por amuletos, figurillas de divinidades y ornamentos corporales (collares, pulseras, etc.). Como quiera que las cámaras sepulcrales megalíticas

eran colectivas y se las utilizaba durante periodos de tiempo muy dilatados, en ocasiones las colecciones de estos objetos encontradas por los arqueólogos han sido grandes y muy vistosas, incluyendo objetos exóticos importados (marfil, huevos de avestruz, piedras semi-preciosas, etc.) que sugieren las formas de contacto e intercambio de las comunidades que las utilizaban. A veces las ofrendas eran también depositadas fuera de los dólmenes, junto a su entrada. Se han encontrado además indicios de que en algunas cámaras funerarias megalíticas se oficiaban rituales y ceremonias. Un ejemplo muy llamativo y próximo a nosotros es el gran cubo piedra de granito labrado en forma de pila que se encontró en la cámara del sepulcro de Matarrubilla en Valencina de la Concepción (Sevilla) y que ha sido considerado por algunos especialistas como un verdadero *altar*.

No es posible concluir esta sección sin hacer referencia a los contenedores funerarios de carácter no megalítico que convivieron con las cámaras megalíticas durante largos periodos de la Prehistoria del Viejo mundo. En numerosas regiones europeas observamos que conviven, a escasos kilómetros de distancia, comunidades constructoras de megalitos con otras que utilizan otro tipo de arquitectura para sus “ciudades de los muertos”. Actualmente parece claro que ni siquiera durante el periodo de apogeo del megalitismo europeo todo el mundo se enterraba en tumbas megalíticas monumentales. Coexistiendo con ellas encontramos enterramientos en cavidades excavadas en el subsuelo (llamadas *cuevas artificiales*) en aquellas regiones donde el suelo presenta las condiciones adecuadas o en cuevas y grutas naturales allí donde la geología favorece la existencia de cavidades. La decisión de construir o no un mausoleo megalítico podía estar determinada por consideraciones económicas: es posible que sólo algunas comunidades o unidades familiares tuvieran la suficiente capacidad de movilización de recursos económicos y humanos como para levantar un dolmen donde enterrar a sus antepasados (aunque hay que señalar que algunas cuevas artificiales son de laboriosa construcción y a veces contienen ajuares funerarios muy sofisticados). Es posible que también influyeran elementos de carácter cultural o ideológico en semejante decisión: quizás no todas las comunidades o unidades familiares *deseaban* construir uno. Aunque es probable que la explicación real resida en una combinación de esos y otros factores, en realidad todavía no disponemos de explicaciones satisfactorias para interpretar este problema.

IV.3. Pensando grandes piedras

Una vez que hemos establecido el significado que damos a los conceptos relevantes y que hemos descrito de forma genérica las clases de monumentos megalíticos que solemos encontrar (al menos en el contexto de la Prehistoria del Viejo Mundo), estamos mejor preparados para abordar la cuestión verdaderamente interesante de este tema, es decir esa que ha producido tantos quebraderos de cabeza y ejercido tanta fascinación entre los arqueólogos: el significado ideológico, religioso y simbólico del megalitismo.

A este respecto hay que empezar por establecer que el megalitismo se asocia en su origen al proceso de *sedentarización* (es decir, fijación a un territorio concreto) que acompaña al surgimiento y extensión de la economía agro-ganadera, lo que se conoce como *neolitización*. Para comprender lo que el megalitismo supone

en ese contexto (uno de los procesos económicos y culturales que más significación han tenido en los últimos miles de años para que nuestras sociedades sean hoy como son) será preciso hacer un breve preámbulo y dedicar unas palabras al modo de vida cazador y recolector, es decir, aquel que antecede al comienzo de la agricultura y la ganadería en la Prehistoria europea. E insistimos en lo de *Prehistoria europea* porque en muchas, muchísimas, regiones de nuestro planeta los cazadores y recolectores nunca abandonaron su forma de vida para practicar la cría de animales y/o el cultivo de plantas, sino que siguieron siendo cazadores hasta hace pocos siglos (básicamente hasta que comenzó la gran expansión colonial europea por el planeta y fueron exterminados o asimilados) o hasta la actualidad.

Entre los cazadores y recolectores la naturaleza en su conjunto tiene un carácter sagrado: la naturaleza constituye la Madre Tierra Proveedora y el marco de toda la experiencia humana. Ello no es en absoluto sorprendente si consideramos que los cazadores se ven a sí mismos como parte integrante de la naturaleza, un elemento más dentro de ella, como los animales y como las plantas. Tanto es así, que en los estudios etnográficos se han registrado casos donde comunidades de cazadores y recolectores piden *perdón* a la naturaleza al cortar un árbol o guardan luto después de matar un oso, un concepto que posiblemente se antoje un poco extraño (o tiernamente ingenuo) a los ciudadanos del mundo actual, tan acostumbrados al despotismo vejatorio con que a menudo tratamos a la naturaleza.

El objeto principal de representación simbólica en el mundo de los cazadores es, por tanto, la naturaleza de la que son parte y de la que dependen para su reproducción material. Así las representaciones sagradas paleolíticas del Viejo Mundo se centran de forma predominante en temas zoomorfos, es decir, la representación de los animales de cuya caza y consumo dependen el sustento y la supervivencia de la comunidad. Como se ha dicho en repetidas ocasiones, el arte rupestre paleolítico cumple así una función de “magia simpática”, es decir, aproxima a los oficiantes y participantes en los ritos a aquellos animales que son deseados como objeto económico, esencial para la subsistencia. Por otra parte, las figurillas femeninas esteatopíginas denominadas “venus” del Paleolítico Superior del Viejo Mundo han sido interpretadas como representación metafórica de la fertilidad y la opulencia de la naturaleza, la Madre Tierra, que permite subsistir a los cazadores; en este sentido es realmente llamativa la generalizada ausencia de representaciones masculinas durante el Paleolítico Superior.

Quizás más directamente relevante desde el punto de vista de nuestro análisis de las múltiples dimensiones interpretativas del megalitismo, sea observar el carácter casi *invisible*, (en todo caso recóndito y oculto) de los santuarios donde se encuentran esas representaciones sagradas paleolíticas. Las maravillosas pinturas de animales de los cazadores del Paleolítico Superior europeo se encuentran en las profundidades de oscuras e inaccesibles grutas-santuario, donde solo podían contemplarlas quienes, ya de antemano, supieran de su existencia. En cierto sentido la religión de la que son parte esas pinturas es como el propio modo de vida cazador y recolector: *discreta*. Una religión que no establece protagonismo alguno del ser humano frente al conjunto de la naturaleza, ni mucho menos un antagonismo “cultura vs. naturaleza” en el sentido de pretender *cambiar* la naturaleza, *señalarla* o *vencerla*. La religión de los cazadores se acomoda calladamente al propio fluir de la Madre Tierra.

Sobre el modelo de los sistemas de creencias de los cazadores y recolectores, los campesinos superponen gradualmente una serie de elementos nuevos más relacionados con su realidad económica y social. Como casi siempre ocurre en la evolución de los sistemas mágico-religiosos humanos, los viejos elementos no desaparecen completamente, sino que se reinterpretan, hibridizan y reelaboran en el marco de nuevos sistemas más pujantes, más adecuados para las nuevas circunstancias culturales. En este sentido, la religión de las sociedades campesinas es la de la *naturaleza domesticada*, la de la Madre Tierra *Fecundada*.

Así, una serie de sutiles diferencias comienzan a abrirse paso en la vieja concepción que los cazadores tenían de la naturaleza. De entre ellas, la más importante es la creciente *separación* de la sociedad humana con respecto a la naturaleza. Las sociedades agrarias desarrollarán la religión de lo *doméstico* y *cultural* por oposición a lo *salvaje* y *natural*: es el origen del concepto de lo doméstico como lo entendemos hoy día (*domus* – término latino que significa “casa” u “hogar”) por oposición a lo salvaje (selva/bosque – naturaleza). Es el comienzo de la lucha de los campesinos por roturar la tierra, por clarear el bosque para abrir campos de cultivo, por mantener a las “alimañas” apartadas del ganado: la actividad económica humana se hace en buena parte “externa” al conjunto de la naturaleza, y eso se refleja en un nuevo sistema de creencias.

Por supuesto, la fertilidad de la tierra sigue siendo la columna vertebral de la religión de las primeras sociedades campesinas. Pero ahora es un concepto claramente modificado de la “fertilidad”, no una “dada” o “preexistente” en el universo, sino una “inducida” por la propia mano cultivadora y protectora del ser humano. Así, el acto sexual humano se convierte en metáfora del cultivo (fertilización) de la tierra y la simbología sexual comienza a dar mayor protagonismo al elemento masculino (“semen” y “semilla” tienen en nuestra lengua la misma raíz etimológica). La Figura 14 muestra una escena de la Prehistoria escandinava relacionada con esta noción. El antropólogo francés Mircea Eliade señala que la asociación metafórica entre reproducción sexual y cultivo de la tierra es un *universal* de las sociedades prehistóricas agrarias documentadas por la etnografía, que nos muestra ejemplos de diversas sociedades agrarias africanas entre las que se realizaban ritos de masturbación masculina sobre la tierra antes del arado y la siembra. Los estudios de la prehistoriadora norteamericana Marija Gimbutas han mostrado cómo a partir del Neolítico (aunque sobre todo en la Edad del Bronce) se origina en el Viejo Mundo un paulatino proceso de sustitución de los ancestrales valores y símbolos de carácter femenino (naturaleza, fertilidad) por otros de carácter masculino (fuerza, guerra).

Siguiendo con nuestro análisis del marco ideológico de surgimiento del megalitismo, cabe decir que es precisamente en el ámbito de la concepción de los *espacios sagrados* donde las diferencias ideológicas entre cazadores y campesinos se harán más chocantes. Hemos dicho ya que entre los cazadores del Paleolítico Superior europeo los lugares sagrados pasaban desapercibidos en el paisaje, ocultos como estaban en las profundidades de la tierra. Esto era perfectamente compatible con un modo de vida nómada, enmarcado en densidades de población bastante bajas y basado en desplazamientos estacionales siempre en pos de las manadas de grandes mamíferos que constituían la base subsistencial. Entre los campesinos la situación es exactamente la contraria, puesto que, siguiendo una estrategia económica basada más en la intensificación por unidad de tierra que en el desplazamiento en pos de los recursos, los campesinos desarrollan una forma de



Figura 14: Disco de esquisto de Maltengarden (Dinamarca), Edad del Bronce Final. El culto a la fertilidad de la naturaleza y su asociación a la sexualidad femenina perduran en el Norte de Europa desde el Neolítico hasta confundirse con los cultos *paganos* de época histórica. Según J. Briard (1987).

vida basada en la ocupación y explotación *permanente* de un territorio *fijo*, lo cual requiere el señalamiento del territorio y su demarcación frente a posibles vecinos competidores, máxime conforme se produzca un paulatino crecimiento demográfico que haga que la tierra cultivable vaya estando ocupada por más y más vecinos.

Fue el prehistoriador británico C. Renfrew quien por primera vez señaló que en determinados casos, los monumentos megalíticos funerarios europeos podían haber actuado como verdaderos *hitos* o *mojones* territoriales, marcando la adscripción y la propiedad de la tierra a una comunidad dada. En un mundo en el que no existían documentos oficiales que registrasen la propiedad de la tierra (como hacemos hoy día con nuestras huestes de notarios, registradores de la propiedad, agentes del catastro y demás burócratas), utilizar monumentos bastante visibles erigidos con grandes piedras (lo cual les daba mayores visos de resistencia y perdurabilidad que los monumentos hechos con madera frente al implacable paso del tiempo) constituía una alternativa bastante razonable para establecer principios de presencia y apropiación en la naturaleza, en el paisaje. El hecho de que, además, los monumentos se utilizasen como mausoleos donde se conservaban los restos de los antepasados reforzaba la legitimidad de la apropiación de la tierra. Cuantas más generaciones descansasen en el mausoleo colectivo del clan o de la comunidad, tanto más derecho tendrían aquél o aquella a ocupar su tierra. Como *depósitos de ancestros* que a menudo son, los enterramientos megalíticos constituyen no solo *avales* o *certificados* de legitimación de cara a apropiación de la naturaleza (esto es, la tierra, el agua, los recursos), sino también verdaderos depósitos de la identidad étnica y de la memoria del grupo con respecto a su Pasado. Como señala el prehistoriador D. G. Anderson, no es extraño, por tanto, que cuando en el siglo XVI d.n.e. el explorador Hernando De Soto se adentró al frente de una expedición española por la cuenca del río Mississipi registrase que, entre las comunidades indígenas locales, una de las prácticas más habituales cuando se encontraban en guerra era profanar las cámaras funerarias colectivas de los enemigos, destruyéndolas y robando y esparciendo los huesos de los antepasados allí enterrados. Semejante acto tenía el efecto de producir en las comunidades afrentadas una profunda desmoralización ya que las tumbas eran consideradas como depósitos de su memoria y su identidad cultural.

En su función como señales e hitos, los megalitos guardan a menudo estrechas relaciones con determinados elementos paisajísticos como por ejemplo la topografía. Estudios recientes han demostrado que en algunos casos existe una clara voluntad por parte de los constructores de que los monumentos megalíticos sean visibles desde lejos, destacando por su forma o tamaño en el territorio (en este sentido el túmulo cumple una importante función como abultamiento artificial del terreno), por su ubicación (por ejemplo en la cima de una colina o en el borde de un acantilado o ladera) o por su color (en cuyo caso a veces se utilizan en su construcción bloques de piedras especialmente llamativas o que contrasten con el color natural del entorno). Los primeros campesinos carecen del sentido de la discreción de los cazadores y buscan afanosamente dejar y hacer ver su impronta en la naturaleza.

Pero la significación de los monumentos megalíticos con respecto a su entorno va mucho más allá de su significado como hitos y marcadores territoriales en el *paisaje natural*, ya que existen numerosos indicios racionales de que también incorporan una pauta de colocación y orientación frente a determinados elementos de lo que podríamos denominar el *paisaje astral*. En efecto, en amplias regiones del

Viejo Mundo, las tumbas megalíticas muestran una orientación sistemática hacia el orto solar, es decir, hacia la parte del horizonte por la que nace cada día el sol. Según las investigaciones más recientes llevadas a cabo por M. Hoskin en el caso de la Península Ibérica, hasta el 99% de todos los monumentos megalíticos cuya orientación ha podido ser establecida se orientan entre 55° y 125°, es decir, entre los puntos del orto solar de verano y el de invierno. Probablemente el caso más espectacular y conocido de la dimensión astronómica de los monumentos megalíticos europeos sea el del templo de Newgrange, el más grande de Irlanda. Este monumento tiene sobre la entrada un pequeño hueco por el que durante unos pocos minutos al amanecer de cada 21 de Diciembre (es decir, el día del solsticio de invierno) los rayos del sol penetran a todo lo largo del corredor sepulcral para iluminar al fondo de su cámara una serie de grabados realizados en los ortostatos.

Dada su fuerte dependencia de los ciclos de la naturaleza, marcados y señalados por los movimientos de los astros, es perfectamente comprensible que las primeras sociedades campesinas desarrollasen una gran reverencia por los cuerpos celestes, sobre todo el sol, que marcan el paso del tiempo y de las estaciones (y por tanto de los ciclos agrícolas). El prehistoriador francés Jacques Briard ha hablado de un verdadero “culto astronómico” asociado al megalitismo europeo, un culto en el que el sol simboliza la fuerza creadora y fecundadora masculina que fertiliza la tierra y del que tenemos abundantes evidencias arqueológicas desde el Neolítico hasta la Edad del Hierro (como por ejemplo los denominados “carros solares”).

Esta dimensión astral de los monumentos megalíticos encaja perfectamente con el predominio de construcciones, espacios y representaciones de forma *circu- lar* que encontramos por toda Europa en conexión con el megalitismo: tanto cromlechs como henges como numerosísimas cámaras sepulcrales (y los túmulos que las recubren) del megalitismo europeo son, efectivamente, de forma circular. Además, muchas representaciones geométricas y abstractas del arte megalítico son circulares, con motivos que se han identificado como *solares* o *esteliformes* (representando estrellas o constelaciones). Incluso, como ha observado el arqueólogo británico Richard Bradley, podría decirse que esa preferencia por los espacios circulares se extiende también en el ámbito doméstico o habitacional, ya que entre el Neolítico y la Edad del Hierro las casas, cabañas, poblados y aldeas que ocupan las sociedades europeas suelen tener de forma mayoritaria una planta y un diseño circulares. Antes de la extensión de las construcciones cuadrangulares y la planta ortogonal en los primeros balbuceos del urbanismo que se dan en diversas regiones mediterráneas ya dentro del I milenio a.n.e. son minoritarios los casos de culturas o sociedades que muestran preferencia por diseños domésticos cuadrangulares (un caso podría ser el de la formación social argárica de la Edad del Bronce en el Sureste de España).

Esta preferencia por un universo simbólico predominantemente circular es bastante comprensible si tenemos en cuenta primero la abundancia de formas circulares en la propia naturaleza y, segundo, la estrecha asociación entre el círculo como motivo geométrico y el *ciclo* como concepto. En relación con lo primero, no podía pasar desapercibido a la aguda capacidad de observación y abstracción que caracteriza a nuestra especie el hecho de que, por ejemplo, los cuerpos celestes son circulares (la luna se nos aparece como un gran círculo en el cielo nocturno, como el sol durante el día) mientras que una gran abundancia de formas orgánicas presentes en la naturaleza también son circulares o esféricas (sir ir más lejos en el cuerpo humano

los ojos, los orificios corporales, los pezones, etc.). En relación con lo segundo, el círculo constituye la abstracción geométrica del ciclo como noción de reiteración continuada y sistemática de una secuencia de eventos que se suceden ineludiblemente, un proceso que comienza, transcurre y termina y se cierra en sí mismo, para comenzar otra vez por el principio: las estaciones, los procesos agrícolas y los movimientos del sol y de la luna, los ciclos biológicos, el nacimiento, la vida y la muerte son ciclos naturales presentes en la vida de los primeros campesinos.

Se ha señalado incluso que dentro de la cosmovisión de las sociedades prehistóricas europeas las cámaras sepulcrales megalíticas pudieron jugar un importante papel como pivotes del ciclo constante de nacimiento, vida, muerte y *renacimiento*. Son muy frecuentes los casos en que los cuerpos han sido encontrados depositados en posición fetal, para lo que posiblemente, a menudo, debieron ser atados para vencer el *rigor mortis* que sobreviene al cadáver a las pocas horas de la muerte. La deliberada posición fetal sugiere la noción de un *renacimiento* desde el *vientre* (donde los seres humanos crecen y se forman en posición fetal) otra vez a *este* mundo, una noción implícita en el ciclo agrícola anual, propia de numerosas sociedades campesinas primitivas. Además, la costumbre casi universal de acompañar a los difuntos con una serie de objetos y ofrendas de carácter mundano (comida, herramientas, vasijas cerámicas) sugiere fuertemente un sistema de creencias donde los muertos *viajan* a otra vida (o quizás *retornan* a esta vida) donde van a necesitar tales recursos. Como se ha dicho en muchas ocasiones, la morfología arquitectónica de numerosos enterramientos megalíticos sugiere un simbolismo relativo al *vientre de la tierra y/o caverna primordial* a la que los cuerpos son devueltos cuando acaece la muerte. La posible analogía entre la cueva natural y la cámara megalítica como metáfora de la misma parece venir subrayado por el hecho anteriormente señalado de que numerosas comunidades utilizaban cuevas naturales como lugares de enterramiento y quizás de culto a la vez que construían megalitos.

Las creencias que condujeron a cientos de comunidades asentadas por toda Europa occidental a incorporar a su experiencia material y humana la construcción de monumentos megalíticos comienza a declinar en distintos momentos del II milenio a.n.e. A partir de la Edad del Bronce nuevos elementos se suman al bagaje espiritual y religioso de las sociedades europeas. La guerra y el prestigio de los guerreros aparecen con fuerza y se añaden a la superestructura ideológica de lo sagrado en unas sociedades donde los factores demográficos y económicos propician formas de desigualdad social cada vez más agresivas y conflictos cada vez más extendidos y cruentos entre comunidades. Los asuntos humanos, y no la naturaleza, se convierten en el centro temático de los sistemas de creencias. Pero incluso así, aunque la religión que da lugar y sostiene el megalitismo comienza a declinar en un cierto momento, el magnetismo de sus ruinas y restos sigue manteniéndose con portentosa vigencia. Siglos después de que los monumentos megalíticos dejaran de ser construidos en Europa, las sociedades de finales del II milenio y del I milenio a.n.e. siguen acudiendo a ellos para celebrar ritos mágicos y para enterrar a sus muertos. Todos los monumentos megalíticos europeos están plagados de casos de reutilizaciones funerarias por parte de las comunidades de la Edad del Bronce y del Hierro hasta bien entrada nuestra era. Esas comunidades no construían megalitos, pero sabían de su existencia y los reverenciaban como venerables focos de lo sagrado. Enterramientos individuales en fosa o en cista, incineraciones en urnas y una multitud de prácticas escatológicas se añaden a la milenaria existencia de los monumentos megalíticos.

Tanta es la potencia del fenómeno megalítico, que incluso cuando el cristianismo se encuentra ya bien arraigado en toda Europa en el siglo XVII d.n.e. las autoridades eclesiásticas inglesas se sienten obligadas a proceder a la sistemática destrucción de algunas de esas viejas grandes piedras ya que las consideran foco de atracción para heréticos cultos paganos e inaceptables ritos de *hechicería* y *brujería*. Los prehistoriadores británicos Joshua Pollard y A. Reynolds han dejado constancia en un reciente libro de la fascinante historia de supervivencia de las grandes piedras de los cromlechs de Avebury hasta nuestros días, superando milagrosamente la piqueta de los canteros locales, el miedo que infundían a los creyentes cristianos y la furia catártica de los autos de fe de la iglesia cristiana.

En definitiva, los monumentos megalíticos se aparecen hoy día al estudioso o al curioso como el vestigio de un mundo que ha desaparecido para siempre, del que quedan fragmentarios y mudos restos pero que aún podemos tratar de interpretar y comprender. Los megalitos son parte de un complejo de creencias muy elaborado que tuvo durante y después de su desarrollo en el Viejo Mundo una prodigiosa fuerza ideológica y que nos habla de múltiples aspectos de la experiencia humana a lo largo de varios miles de años. Nos habla, por ejemplo de la relación de las primeras sociedades campesinas con la naturaleza, relación en la que los monumentos juegan el papel de instrumentos de *monumentalización*, *enculturación* y *demarcación* de la naturaleza así como de expresión de la presencia humana en el mundo y el universo. Nos habla también de la organización económica y social de las comunidades que se afanaban en construir tan excepcionales monumentos y de su preocupación por mantener una memoria de su propio Pasado. Nos habla, finalmente, de la inacabable reflexión humana sobre la vida y la muerte, sobre nuestra presencia en una vida que no estamos seguros de acabar de comprender y para la que ansiosamente buscamos explicaciones. Justo como nos sigue sucediendo hoy día.

IV.4. Grandes piedras de por aquí

Andalucía es una región con gran abundancia y riqueza de vestigios megalíticos: desde Huelva hasta Almería, en todas las provincias andaluzas se han identificado construcciones megalíticas de envergadura que muestran por lo general esa amplia diversidad de formas y diseños arquitectónicos y conceptuales esbozada en las secciones precedentes y que incluyen elementos materiales que los hacen representativos, en cuanto al marco general de las creencias religiosas, de los principios generales que acabamos de desarrollar. Una cuestión llamativa a este respecto es, sin embargo, que dentro del megalitismo andaluz (como por extensión podríamos decir de toda la Península Ibérica) son ampliamente mayoritarias las construcciones de tipo cámara funeraria, que los casos actualmente documentados de menhires son bastante escasos (y a veces dudosos) y que en todo caso no se conoce ningún recinto ceremonial del tipo alineación de menhires, cromlech o henge.

Ya desde sus primeros pasos, los investigadores de la Prehistoria andaluza cedieron un espacio muy especial de protagonismo al estudio de los monumentos megalíticos. Así ocurre en la primera síntesis de nuestra prehistoria, publicada por M. De Góngora y Martínez en 1868 con el título *Antigüedades Prehistóricas de Andalucía* y en los diversos estudios de F. M. Tubino, como por ejemplo su trabajo "Monumentos megalíticos en Andalucía, Extremadura y Portugal y los

aborígenes ibéricos” (publicado en 1876). Los trabajos del matrimonio alemán G. y V. Leisner en la década de los 1940 y 1950 (reflejados en los dos tomos de su magna *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel*) supusieron la sistematización de una primera base empírica del megalitismo a nivel de toda Andalucía que ha servido posteriormente como marco de contrastación a investigaciones que se han realizado en torno a concentraciones de sitios megalíticos como Los Millares, el valle de Gor, Valencina de la Concepción, El Gandul o Antequera.

Debido a la abundante cantidad de estudios publicados y a la complejidad de presentar una síntesis de tono divulgativo del megalitismo de todo el territorio andaluz, hemos limitado nuestra discusión a tres provincias de Andalucía occidental, concretamente Huelva, Sevilla y Cádiz. El lector debe tener presente, sin embargo, que en provincias como Granada o Almería existen importantes construcciones megalíticas que han sido estudiadas como parte de los procesos de complejización económica y social que tienen lugar en esta región entre el Neolítico y la Edad del Bronce y que es únicamente por razones de limitación de espacio que nos centramos en el megalitismo de Andalucía occidental.

Huelva. Según la información actualmente disponible, en la provincia de Huelva se conocen a día de hoy unos 200 monumentos megalíticos, lo que la convierte en una de las provincias andaluzas (y ciertamente españolas) con mayor riqueza y diversidad de los mismos. La distribución geográfica de las construcciones megalíticas onubenses es, sin embargo, bastante desigual, con zonas de altas densidades en el Andévalo y la Sierra y otras zonas con muy baja densidad o completa ausencia de los mismos, como por ejemplo ocurre en la franja litoral de la provincia. No obstante, considerando que el propio reconocimiento arqueológico del territorio ha procedido de forma bastante irregular a lo largo y ancho de la provincia, es bastante probable que la ausencia o escasez de este tipo de sitios arqueológicos en determinadas zonas sea un producto de la falta de investigaciones de campo y no de procesos culturales prehistóricos.

Entre las concentraciones dolménicas mejor conocidas de la provincia de Huelva destacan las de El Pozuelo (en el municipio de Zalamea la Real) y La Zarzita (Santa Bárbara de Casa). Otro monumento especialmente interesante es el conocido Dolmen de Soto (Trigueros), uno de los monumentos prehistóricos más interesantes de toda la Península Ibérica.

La necrópolis megalítica de El Pozuelo fue descubierta y excavada por Carlos Cerdán en la década de los cuarenta. Se compone de 18 monumentos de arquitectura adintelada que muestran en muchos casos la peculiaridad de tener un diseño en múltiples cámaras. En efecto, en lugar de constar de una sola galería de planta rectilínea, o de un corredor y una cámara en su extremo profundo como ocurre en una gran mayoría de megalitos andaluces, los dólmenes de El Pozuelo muestran múltiples cámaras a las que se accede desde una entrada única que luego se bifurca en dos corredores y a cuyos lados aparecen frecuentemente cámaras laterales (Figura 15). Estas cámaras mortuorias están cubiertas por túmulos circulares de hasta 20 metros de diámetro que se acomodan a la irregularidad del terreno (los dólmenes se encuentran a veces en pendiente) y que están elaborados mediante la acumulación de bloques de piedra o pequeñas losas de pizarra.

En los enterramientos de El Pozuelo se recogieron cientos de objetos votivos que habían sido depositados junto a los muertos. Los objetos más frecuentes son las

herramientas de piedra tallada (cuchillos, perforadores, puntas de flecha) y pulimentada (hachas) y las vasijas cerámicas, es decir, objetos muy relacionados con las actividades cotidianas (caza, procesamiento de materiales y alimentos, etc.), aunque otro grupo importante de objetos son los adornos personales, como por ejemplo las cuentas de collar elaboradas en materiales diversos. Desde el punto de vista de las creencias religiosas son especialmente interesantes los denominados *ídolos*, objetos que se interpretan como representaciones de divinidades y que son muy frecuentes en asentamientos y necrópolis de la Edad del Cobre. Aunque existe una amplia gama de formas y representaciones *idólicas*, en El Pozuelo se han identificado únicamente ídolos de dos clases, los denominados *cruciformes*, que se asemejan a una figura humana muy estilizada, con cabeza, tronco y extremidades inferiores sutilmente indicadas, y los denominados *placa*, elaborados a partir de una pequeña placa de pizarra o esquisto sobre la que se graban y/o pintan motivos geométricos y más ocasionalmente partes anatómicas, como por ejemplo el cabello o (sobre todo) los ojos (Figura 16). Un objeto especialmente interesante es el denominado *báculo* encontrado en el sepulcro 3 de El Pozuelo (Figura 17). Se trata de un objeto de piedra alargado con un extremo curvado que aparece con cierta frecuencia en los enterramientos megalíticos del sur de Portugal (es bastante más raro en los andaluces) y que ha sido a menudo interpretado como un objeto de prestigio o poder (de ahí la denominación de *báculo*), aunque recientemente se ha propuesto que podían constituir réplicas en piedra de armas arrojadas en madera de las que existen analogías etnográficas y arqueológicas. En cualquiera de las dos hipótesis, estos artefactos serían interpretables en clave de la dimensión social del megalitismo, es decir, como expresión de la posición jerárquica bien de los individuos concretos a los que se asocian (cuando es posible determinar este extremo) o bien de sus unidades familiares en general.

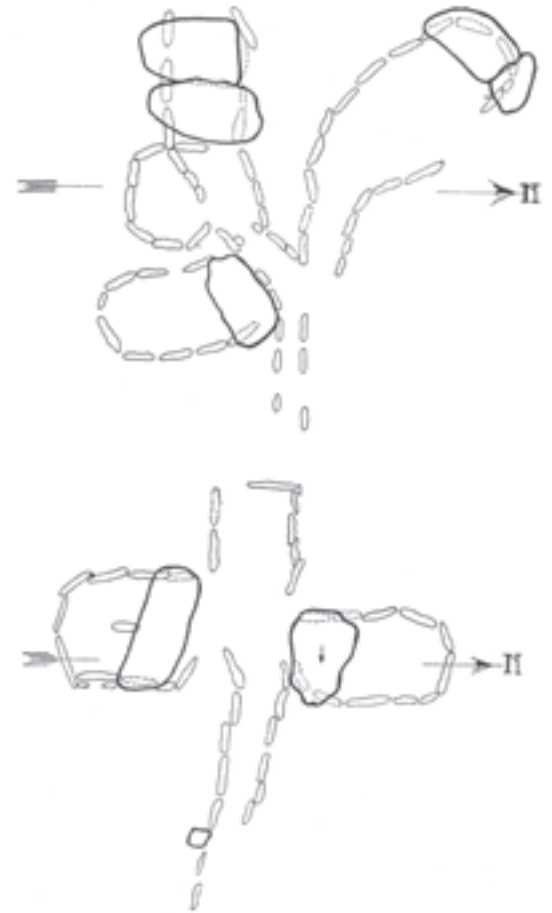


Figura 15: Plantas de los dólmenes de El Pozuelo (Zalamea la Real, Huelva). Según C. Cerdán, G Leisner y V. Leisner (1975).



Figura 16: Ídolos de tipo cruciforme y placa de los dólmenes de El Pozuelo (Zalamea la Real, Huelva). Según C. Cerdán, G Leisner y V. Leisner (1975).

Figura 17: Báculo de El Pozuelo (Zalamea la Real, Huelva). Según C. Cerdán, G Leisner y V. Leisner (1975).

En varias de las tumbas de El Pozuelo se encontraron vestigios de pintura sobre los ortostatos así como restos de ocre asociados a suelos y artefactos votivos. Concretamente, en el enterramiento denominado Martín Gil el pavimento y las paredes pudieron haber estado originalmente cubiertos de pintura roja a juzgar por la gran cantidad de partículas de ocre rojo encontradas. La utilización de ocre para recubrir paredes, suelos, cuerpos y ajuares ha sido ampliamente atestiguada en las construcciones megalíticas andaluzas; en el Dolmen de Alberite (Cádiz), que se comenta más adelante, los ortostatos estaban ricamente decorados con pinturas e incluso entre los objetos votivos se encontró una paleta con restos de ocre.

Al igual que los de El Pozuelo, los 4 sepulcros que integran la necrópolis megalítica de La Zarcita (Santa Bárbara de Casa) fueron explorados por primera vez por C. Cerdán en los años 1940 siendo luego los hallazgos estudiados conjuntamente por el matrimonio Leisner. Las cuatro cámaras funerarias de La Zarcita se erigieron mediante la técnica de cubrición en falsa cúpula, y al menos dos de ellas presentan la particularidad de carecer de corredor o entrada en superficie, por lo que el excavador interpretó que el acceso al interior de la cámara debía hacerse desde algún hueco en la cúpula y con la ayuda de una escalera. A pesar del alto grado de destrucción en que Cerdán las encontró por el reaprovechamiento que los agricultores locales hacían constantemente de los bloques de piedra, fue posible documentar algunos aspectos interesantes del ajuar de una de las construcciones prehistóricas, ya que no se encontraron restos humanos (posiblemente fueron completamente descompuestos por la alta acidez del suelo, como ocurre en otros sitios funerarios prehistóricos de Sierra Morena occidental). Juzgando por el número de artefactos que recogió a pesar del daño sufrido por la construcción, Cerdán estimó que la cámara debió haber contenido varios centenares de objetos de ajuar. En la zona que se encontró intacta se conservaban platos de grandes dimensiones apilados unos encima de otros ordenados por tamaños, mientras que a su lado se encontraron numerosos cuchillos, alabardas y puntas de flechas de sílex, dos cristales de roca tallados, cuencos cerámicos y un hacha de cobre (el único objeto metálico identificado en la necrópolis). Hacia el centro de la cámara se encontraron restos de una hoguera en el suelo, que estaba completamente ennegrecido.

Posteriormente, ya en los años 1980, el profesor F. Piñón excavó el asentamiento (llamado Cabezo de los Vientos) que ocupó la comunidad humana que erigió esos sepulcros. En el hábitat se encontraron evidencias de ocupación correspondientes al III milenio a.n.e. (Edad del Cobre) y se pudo establecer que en un momento avanzado el poblado había sido fortificado con una potente muralla de piedra jalonada con tres bastiones circulares, posiblemente como resultado del incremento de las tensiones territoriales con comunidades vecinas.

Por su parte, el Dolmen de Soto (Trigueros) toma su nombre del Sr. Armando de Soto, propietario de la finca en la que se encontraba el monumento. En el año 1923 el Sr. De Soto dedicó 8 meses a excavar de forma rudimentaria el monumento prehistórico, que sería estudiado y publicado al año siguiente por H. Obermaier, entonces titular de la Cátedra de Historia Primitiva del Hombre de la Universidad Complutense de Madrid. Con 21 metros de longitud, alturas en el interior de hasta 4 metros y ortostatos de hasta 22 toneladas de peso (según Obermaier, los ortostatos de granito debieron ser traídos de una distancia de casi 40 kilómetros), el Dolmen de Soto constituye una de las más formidables obras de ingeniería de la Prehistoria de Andalucía y ciertamente de la Península Ibérica. El túmulo que lo recubre tiene cerca de 75 metros de diámetro y unos 4 metros de altura, y fue construido con tierra

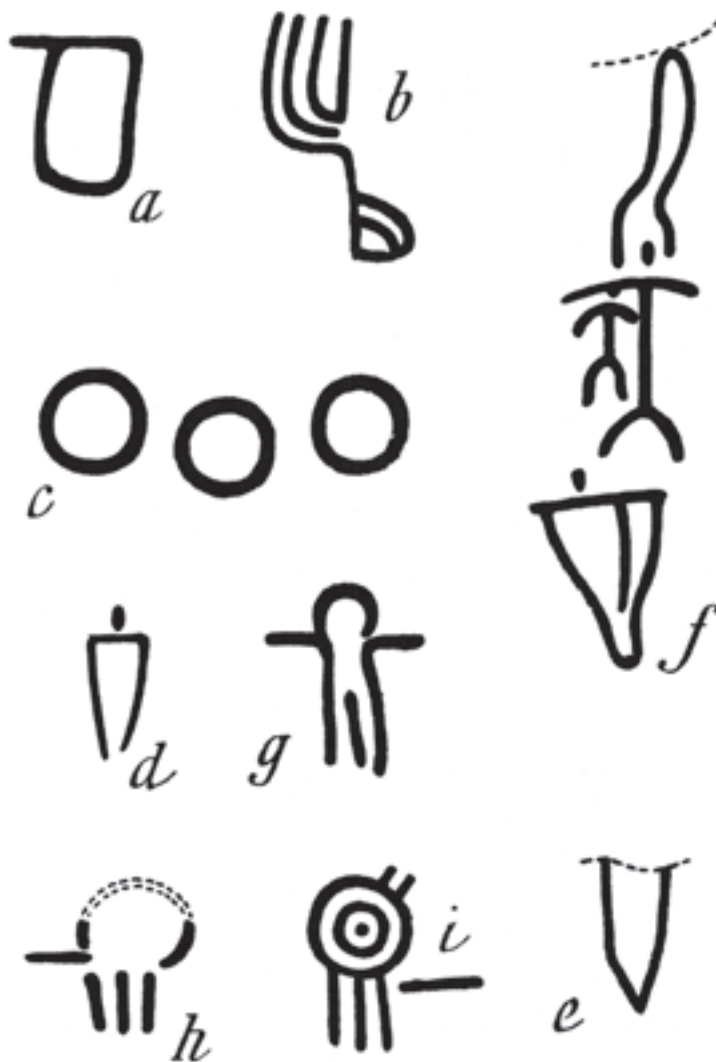
de color blanco que, a juicio de los excavadores, había sido asimismo traída de lejos, ya que no es propia de la finca en la que se encuentra el dolmen.

El Dolmen de Soto ofrece un interesante abanico de esos elementos que han sido descritos anteriormente como significativos del marco de creencias religiosas en el que la arquitectura megalítica se insertaba, especialmente dado que tanto los excavadores como el propio H. Obermaier insisten en todo momento en que el monumento fue encontrado intacto y sin evidencias de saqueo, lo cual es extraordinariamente inusual en este tipo de sitios prehistóricos. Para empezar, en el interior del dolmen se hallaron 8 cuerpos, todos en posición acucillada o fetal y que debieron haber sido depositados envueltos en sudarios o telas, además de posiblemente atados. Todos los individuos aparecieron provistos de una serie de ajuares funerarios para el viaje y la vida en el más allá, incluyendo herramientas de piedra, vasijas cerámicas, y otros objetos entre los que se identificaron un brazalete de hueso, un objeto punzante de pizarra, una varilla de marfil, diversas piezas de fauna animal (pájaros, jabalí, buey, caballo y moluscos marinos) e incluso dientes fósiles de tiburones (probablemente utilizados como amuletos).

Desde el punto de vista de su diseño arquitectónico, el Dolmen de Soto también responde a bastantes de las pautas generales que hemos descrito en la sección dedicada al contexto ideológico y religioso del megalitismo. Por ejemplo, a 4 metros de la entrada hay una *puerta interior* formada por dos jambas graníticas de casi 2 metros de altura, que, según entendió Obermaier, debió estar cerrada por un sólido portón de madera en los tiempos de utilización del dolmen. Esta puerta pudo tener un propósito meramente instrumental para, por ejemplo, dificultar o impedir la entrada en el sepulcro de extraños, saqueadores o animales carroñeros. Pero también pudo, como se dijo antes, representar metafóricamente la transición de un ámbito de la existencia (el de la vida) a otro (el de la muerte). Asimismo, en la zona más profunda y ancha de la galería se identificó una “mesa” baja de planta rectangular hecha con pequeñas piedras que Obermaier interpretó como un *altar*.

Otro aspecto extraordinariamente peculiar del Dolmen de Soto lo constituyen los signos grabados y pintados en sus ortostatos, una serie de *arte megalítico* prácticamente única en Andalucía occidental. Entre los signos identificados se encuentran motivos geométricos (círculos concéntricos y formas rectangulares y cónicas algunas de las cuales podrían representar armas, por ejemplo puñales) y antropomorfos (destacando una figura de un adulto con un niño bajo su brazo que se encuentra grabado justo donde aparecieron los esqueletos de un niño y un adulto de sexo indeterminado) (Figura 18). El hecho de que los símbolos grabados aparezcan directamente relacionados con los cuerpos depositados en la cámara podría sugerir que son parte de una

Figura 18: Grabados del Dolmen de Soto (Trigueros, Huelva). Según H. Obermaier (1924).



compleja *narrativa* mitológica relacionada con la muerte y la vida en el más allá, aunque por el momento nadie ha conseguido proponer una interpretación plausible de tal narrativa. Asimismo, grabada sobre un ortostato de poca anchura situado a medio camino de la galería aparece, bocabajo, una representación antropomorfa en la que se reconocen ojos y nariz más, quizás, un pecho y un brazo y que Obermaier interpretó como una divinidad dada su similitud con algunas representaciones grabadas en estelas y estatuas menhir de contexto megalítico y con motivos de los idolillos de la Edad del Cobre de la Península Ibérica. Como señaló en su momento Obermaier y más tarde recoge E. Shee Twohig (autora de una síntesis seminal sobre el tema del arte megalítico en Europa occidental), el hecho de que la representación se encuentre en posición invertida (cabeza abajo) podría posiblemente indicar que se trata de una estela más antigua posteriormente reutilizada en el dolmen, un fenómeno que, como ya sabemos, es relativamente frecuente en el megalitismo europeo.

Aparte de las necrópolis de El Pozuelo y La Zarcita y del Dolmen de Soto, excavados en la primera mitad del siglo XX, otras construcciones megalíticas de la provincia de Huelva han sido excavadas en los últimos años. Tal es el caso por ejemplo de los dos sepulcros de Las Plazuelas (Villanueva de los Castillejos), uno de los cuales, Plazuelas 1, apareció en relativo buen estado, y de las galerías cubiertas de Monte Acosta I (muy deteriorada) y Valdelinares (en buen estado de conservación), ambas en Zufre.

Plazuelas 1, excavado por M. del Amo y M. Belén a comienzos de los 1970, es un dolmen del tipo de galería de 6 metros de longitud y planta trapezoidal cubierto por un túmulo de unos 8 metros de diámetro dentro del cual se localizaron diversos objetos votivos *in situ* aunque no restos humanos (debido a la acidez del suelo). Otro enterramiento megalítico onubense que pudo ser parcialmente excavado (había quedado muy destruido como resultado de unas tareas agrícolas) es el de El Tejar (Gibraleón). Aparte de algunos objetos de ajuar semejantes a los ya descritos en relación con otros monumentos de la provincia, los excavadores pudieron en este caso identificar cuatro cráneos y algunas otras partes anatómicas humanas, aunque no esqueletos completos, de lo que deducen que la cámara megalítica había servido como osario para la deposición de partes esqueléticas específicas una vez que los cuerpos se habían descarnado en algún otro lugar.

Desde el punto de vista de la conceptualización del espacio funerario, la galería cubierta de Valdelinares, con apenas 3 metros de longitud y una anchura en torno a 1 metro (toda la estructura estaba cubierta con un túmulo de unos 10 metros de diámetro), constituye un caso muy interesante, ya que se aproxima a la noción de cista que se extiende como contenedor funerario predominante por toda Andalucía durante la Edad del Bronce. Es un caso que muestra precisamente cómo algunas de las categorías arquitectónicas habitualmente utilizadas por los especialistas en megalitismo (tales como *dolmen de galería*, *cista megalítica* o *cista a secas*), se solapan conceptualmente y se aplican con una cierta falta de sistematización a monumentos concretos. En cualquier caso, galería o cista, en Valdelinares se hallaron restos de 10 individuos (7 adultos, 2 preadultos y tres niños) acompañados por los objetos votivos habituales, incluyendo 4 ídolos, dos de tipo *falange* (esto es, elaborados a partir de falanges de grandes rumiantes, en este caso ciervos) y dos de tipo *tolva* (de forma bitroncocónica con el estrechamiento en el tercio superior que suelen estar hechos de piedra o cerámica). Al contrario que la de El Tejar, la cámara funeraria de Valdelinares sirvió para efectuar deposiciones primarias, ya que los esqueletos

se encontraban parcialmente articulados (es decir, los cadáveres fueron enterrados aún completos, no descarnados).

En definitiva, a pesar de las importantes deficiencias de nuestro conocimiento actual en aspectos tales como la cronología absoluta, la antropología física o la dimensión territorial y paisajística, (y lo mismo realmente sucede para Sevilla y Cádiz como para el resto de Andalucía) el fenómeno megalítico se expresa con bastante riqueza y diversidad dentro de la provincia de Huelva. Por el número de sitios de esta naturaleza y por su complejidad y variedad el megalitismo constituye un elemento primordial de interés del Patrimonio Histórico onubense en general.

Sevilla. La provincia de Sevilla es tan rica en construcciones megalíticas como la de Huelva. Un inventario publicado recientemente en formato multimedia por el Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico eleva a 65 el número de megalitos sevillanos actualmente identificados de forma positiva. Aunque menor que la registrada en Huelva, se trata de una cifra bastante alta, sobre todo si se considera que también en este caso amplias zonas de la provincia no han sido todavía objeto de una exploración arqueológica sistemática y que ese recuento no tiene en consideración que recientemente se han estimado en medio centenar las estructuras megalíticas existente solo en Valencina de la Concepción. Una cifra más próxima a la realidad sería probablemente la de un centenar de ellas distribuidas por toda la provincia.

Algunas de las agrupaciones megalíticas mejor conocidas de la provincia de Sevilla son las de Valencina de la Concepción (con algunos de los más imponentes monumentos de toda la Península Ibérica), El Gandul (Alcalá de Guadaíra), Castillo de las Guardas, Almadén de la Plata o Morón de la frontera. Desde un punto de vista arquitectónico podemos distinguir, casi al igual que en la provincia de Huelva, dos tipos morfológicos principales: los dólmenes de galería y los *tholoi*. Además, en amplios sectores del valle del Guadalquivir se han identificado necrópolis de *cuevas artificiales* (es decir, de *cámaras hipogeas*) que son coetáneas de las construcciones megalíticas.

Los dólmenes de galería conocidos en la provincia de Sevilla se construyen como ya sabemos, es decir, con grandes ortostatos que se colocan alineados en forma vertical delimitando un espacio de tendencia rectangular en planta que a veces suele ensancharse al fondo o zona de la cabecera dibujando una forma trapezoidal (no existe, pues, diferenciación entre corredor y cámara, aunque a veces ésta queda sugerida por su mayor anchura). El techo se cubre por un sistema adintelado, colocando los ortostatos en posición horizontal. Existen algunos dólmenes sevillanos de este grupo en los que a esta simple estructura se le añade un segundo corredor formando una planta en “L” (por ejemplo Cañada Real en Los Molares) o en “T” (Dolmen del Valle en Cazalla de la Sierra). Las dimensiones de este tipo varían, aunque suelen ser de mediano tamaño, con medidas que oscilan entre 3 y 8 m de longitud. Los más largos documentados hasta ahora se encuentran en Morón de la Frontera, algunos con longitudes que alcanzan los 15 metros.

Respecto de su distribución territorial, los dólmenes de galería predominan fundamentalmente en las zonas montañosas y de piedemonte, en aquellas elevaciones que flanquean el valle del Guadalquivir al norte y sur de la provincia, a excepción de dos casos situados en la necrópolis de El Gandul. En las zonas montañosas los dólmenes se colocan en una posición dominante sobre pequeños valles,

cerca de ríos o manantiales y generalmente manteniendo un contacto visual entre ellos: su distribución hace pensar que, como ocurre en muchos otros lugares, las cámaras funerarias funcionaban como referentes y demarcadores territoriales. En algunos casos se asocian a vías de paso naturales, como ocurre en Castillo de las Guardas, El Garrobo, Almadén de la Plata o Morón de la Frontera. En aquellos casos en que ha podido localizarse, el poblado correspondiente a estas tumbas se suele encontrar situado a una altura superior y en conexión visual.

Entre los conjuntos con mayor número de cámaras en galería de la provincia de Sevilla destacan los de Almadén de la Plata y Castillo de las Guardas al norte y los de Morón de la Frontera al sur, pero desafortunadamente en ningún caso ha sido posible hasta la fecha excavar un monumento de este tipo en buen estado de conservación (no digamos intacto). Es el caso del sitio de Palacio III (Almadén de la Plata), donde en 2001 se excavó un dolmen de galería que se encontraba ya bastante maltrecho por siglos de expolio y reaprovechamiento de sus piedras. Esta galería megalítica tiene unos 5 metros de longitud y es parte de un monumento tumular de forma oval de unos 20 metros de diámetro máximo, y aunque no se pudo recuperar ningún elemento de su depósito funerario original (que había sido completamente saqueado) tiene el interés de su asociación a una construcción de tipo *tholos* que se encuentra apenas a 5 metros de su entrada y a la que se hace referencia más adelante.

Por su parte, el sepulcro Hoyo del Gigante (Morón de la Frontera) se encontraba también en malas condiciones cuando pudo ser excavado en 1984. Desde un punto de vista arquitectónico, consta de una galería de planta trapezoidal de 5,40 m de longitud construida con ortostatos de caliza local y conserva algunas piedras que formaban la cubierta. El túmulo, de unos 12 metros de diámetro, está formado por un encanchado de piedras y tierra delimitado alrededor por un círculo de piedras. Los objetos de ajuar encontrados, pobre reflejo de lo que en su momento debió ser un ajuar funerario, se reducen a algunos utensilios líticos tallados y un pulimentado (no se identificó ningún resto antropológico).

Desde un punto de vista morfológico, las galerías cubiertas de Palacio III y Hoyo del Gigante son muy parecidas a la Valdelinares que hemos descrito anteriormente, y en teoría podríamos asumir pautas funerarias parecidas para las tres. Desafortunadamente, los dos sepulcros sevillanos se encontraban demasiado destruidos como para corroborar de forma empírica ningún extremo relativo al ritual funerario del que fueron escenario.

Mejor fortuna ha tenido la exploración de los monumentos megalíticos de tipo *tholos*, que en la provincia de Sevilla son relativamente abundantes además de diversificados (existen desde pequeños monumentos de 4 a 5 metros de longitud máxima como el *tholos* de Palacio III en Almadén de la Plata hasta enormes construcciones de 42 metros de longitud total como La Pastora, en Valencina de la Concepción). En general estas estructuras se encuentran excavadas en tierras de cierta consistencia, como calizas o margas. Las paredes del corredor están formadas, pues, por la tierra natural excavada, pero suelen revestirse de lajas o muros contruidos con hiladas de piedras superpuestas, mientras que la cubierta, adintelada, está compuesta por ortostatos colocados en posición horizontal que apoyan sobre la superficie de tierra natural o sobre los muros de revestimiento. En la cámara ocurre algo similar; las paredes pueden estar desnudas, revestidas con lajas de pizarra o con muros de mampostería. Habitualmente la inclinación de las

paredes de la cámara comienza desde la misma base, manteniendo la tendencia al cierre en el extremo superior de la cúpula, la cual se remata con una losa en posición horizontal. Cuando la pared de la cámara aparece desnuda o revestida de las, la falsa cúpula se apoya directamente sobre la superficie de tierra natural.

A este esquema constructivo general hay que añadir otros elementos según los casos, como la existencia de atrios o vestíbulos abiertos en la entrada, puertas, divisiones por tramos del corredor, camarillas en las cámaras o la construcción aneja de otro *tholos* de menor tamaño partiendo de la cámara. Los túmulos, como en los dólmenes, cubren toda la estructura con tierra en forma de montículo: en el *tholos* de Las Canteras de El Gandul se encontraron muretes de piedras en disposición circular para evitar la erosión.

En cuanto a su distribución territorial, hasta hace poco tiempo se consideraba que los *tholoi* se encontraban únicamente en el valle del Guadalquivir, por lo cual se habrían asociado nítidamente a las comunidades agrarias que explotaban los ricos suelos de la vega fluvial. Sin embargo, las investigaciones recientemente efectuadas en Almadén de la Plata han permitido excavar un *tholos* conectado a la galería de Palacio III citada más arriba. En el fondo ello no es sorprendente en absoluto, ya que como vimos anteriormente, en las zonas montañosas del noreste de la provincia de Huelva ya se excavaron 4 de estas construcciones en la necrópolis de La Zarcita.

Las agrupaciones más importantes de *tholoi* sevillanos se encuentran en Valencina de la Concepción y El Gandul (términos de Alcalá de Guadaíra y Mairena del Alcor). En ambos casos los asentamientos se sitúan en zonas amesetadas, sobre una posición dominante (del Aljarafe en el primer caso y de Los Alcores en el segundo), mientras que las necrópolis megalíticas rodean en semicírculo a los poblados, a escasa distancia. Los dos asentamientos tienen una dilatada pervivencia, desde la primera mitad del III milenio hasta mediados del II milenio a.n.e. (El Gandul es incluso ocupado durante el I milenio a.n.e. y también en época romana). En ambos sitios la investigación arqueológica se inició pronto, a comienzos del XX, aunque más recientemente (sobre todo desde la década de los 1980) se han llevado a cabo nuevas intervenciones arqueológicas que han ido ampliado poco a poco nuestro conocimiento de estos dos extraordinarios sitios.

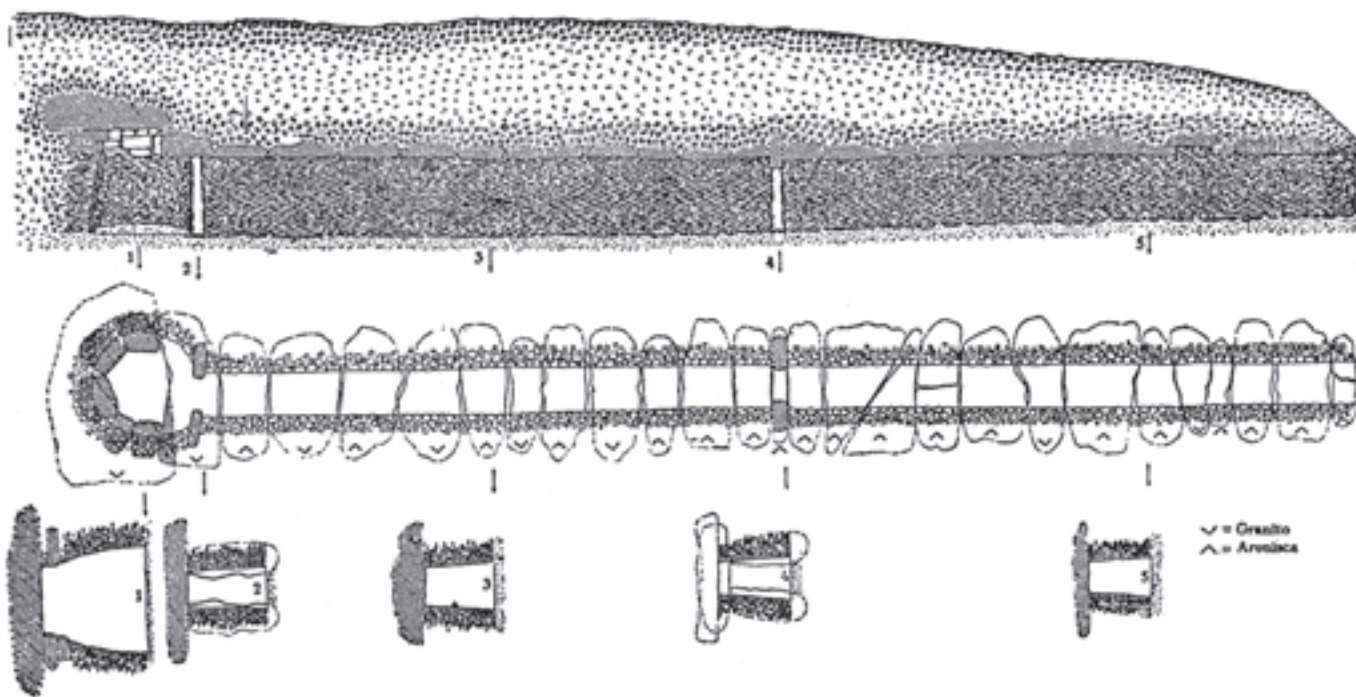
En Valencina de la Concepción (dentro del Área Metropolitana de Sevilla) se encuentra uno de los mayores asentamientos de la Edad del Cobre de toda la Península Ibérica, con una extensión que, según estimaciones recientes, ronda las 240 hectáreas (para hacernos una idea de la magnitud que ello supone hay que saber que el tamaño más habitual de los poblados de esta época se sitúa en torno a 1 o 2 hectáreas). Juzgando por la cantidad y magnitud de las construcciones megalíticas que sus habitantes levantaron, este poblado debió ser un centro de gran importancia social y económica en toda la región de Andalucía occidental. En efecto, estimaciones recientes han establecido en más de cuarenta las construcciones funerarias que flanquean este poblado en un arco que lo rodea por su mitad oriental, aproximándose a la cornisa del Aljarafe. Las más impresionantes de ellas son sin duda La Pastora, Matarrubilla y Ontiveros. En 1998 se descubrió otro monumento aparentemente intacto llamado Montelirio, al Este de La Pastora (ya en el término municipal de Castilleja de Guzmán) y del que sólo se ha llegado a excavar parte del túmulo hasta alcanzar la cubierta por arriba. De él se ha podido conocer que conserva un largo corredor de 50 m. de longitud, lo que supera los 43 m de La Pastora, los 32 m de Matarrubilla y los 21 de De Soto. Estas dimensiones de los

corredores requerirían unos enormes túmulos para su cubrición los cuales formarían en el paisaje considerables colinas artificiales, como la que aún hoy conserva Montelirio y, en parte, Ontiveros. Y ello supone también que los *tholoi* de Valencina sean considerados como los de mayor tamaño del megalitismo peninsular.

El monumento megalítico mejor conservado de Valencina, La Pastora, fue descubierto en 1860 cuando se desarrollaban trabajos agrícolas en la finca “Divina Pastora” de la que luego el monumento tomaría su nombre. En 1868 F.M. Tubino realizó la primera descripción arqueológica del monumento, y aunque especialistas como H. Obermaier, M. Almagro Basch y J. de Mata Carriazo se han ocupado desde entonces del mismo, el hecho es que existen muchos aspectos de esta monumental construcción que no están en absoluto bien explicados. Y probablemente nunca lleguen a estarlo, ya que, desafortunadamente, La Pastora apareció ya castigado por siglos de saqueo, y además no fue explorado de forma científica en el momento de su hallazgo, factores ambos que complican enormemente el análisis del ritual funerario y del marco de creencias religiosas del que fue un día parte.

En términos arquitectónicos, La Pastora presenta paredes en hiladas de pizarra superpuestas desde el suelo, pavimento enlosado, cuatro tramos de corredor separados por puertas adinteladas, cubierta por ortostatos de caliza y granito y una cámara de 2,5 m de diámetro y unos 3 metros de altura, de forma abovedada que se cierra con una gran losa de granito (Figura 19). A media altura de la cámara se sitúa una hornacina, posiblemente para la colocación de ofrendas. Nada se sabe sobre restos humanos en el depósito funerario de La Pastora, pero entre los elementos de ajuar que pudieron ser rescatados e identificados se cuentan objetos habituales en los sepulcros megalíticos tales como puntas de flecha de sílex, láminas de oro, vasijas cerámicas y cuentas de collar de piedras raras. Un conjunto muy especial y atípico de objetos hallado en La Pastora se compone de 27 puntas de jabalina de cobre que por su morfología apenas tienen equivalentes o paralelos

Figura 19: Planta de La Pastora (Valencina de la Concepción, Sevilla). Según H. Obermaier (1919).



en todo el megalitismo de la Península Ibérica (de hecho son ciertamente excepcionales en toda Europa, encontrándose los únicos paralelos en Anatolia y el Próximo Oriente) (Figura 20). Aunque el contexto y circunstancias de su hallazgo distan de estar claros, parece que se encontraron en el exterior del monumento, depositadas en una vasija cerámica que se encontraba enterrada en el túmulo funerario. Si fueron extraídas y dejadas allí después de un episodio de saqueo de los contenidos del sepulcro o si fueron depositadas allí deliberadamente como parte de una ofrenda exterior, es posible que nunca lo sepamos.

Otro aspecto que hace bastante excepcional a La Pastora es su orientación astronómica (243° , esto es hacia el ocaso), que se sale completamente de la norma casi universalmente predominante en los megalitos ibéricos, orientados hacia el orto solar. ¿Por qué la cámara megalítica con el corredor más largo de toda la Península Ibérica tiene una orientación astronómica tan excepcional? Admitiendo que es improbable que ambos hechos constituyan una mera coincidencia, para M. Hoskin, el mejor conocedor de la vertiente *arqueoastronómica* de los monumentos megalíticos peninsulares, es indudable que una tumba con un corredor tan excepcionalmente largo debió tener una orientación *deliberada*. Considerando las estrellas más visibles en el firmamento nocturno, y su orientación, es posible que La Pastora fuera orientada hacia la constelación de Sirio, siempre y cuando su construcción tuviera lugar entre 2300 y 2200 a.n.e., la fecha en la que Sirio se encontraba en esa parte del cielo. Dado que la fecha de construcción de La Pastora no ha podido ser determinada por métodos científicos, esta sugerente posibilidad queda pendiente de una posible confirmación futura.

Distante apenas un kilómetro en línea recta de La Pastora, el dolmen de Matarrubilla sólo fue descubierto más de medio siglo después, en 1917, también como resultado de unas tareas agrícolas. Matarrubilla, sin embargo habría de tener algo más de fortuna para la ciencia arqueológica que La Pastora, ya que para esa época había comenzado el lento proceso de institucionalización de la arqueología en nuestro país y al año siguiente del hallazgo H. Obermaier tuvo la oportunidad de excavar una parte del monumento (Figura 21). En el curso de esta excavación, Obermaier excavó la cámara y unos 10 metros de corredor, pero ante el peligro que suponían los ortostatos en malas condiciones y suponiendo erróneamente que

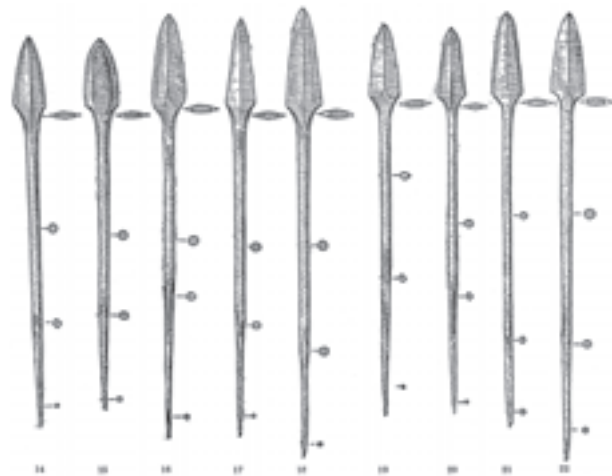


Figura 20: *Jabalinas* de La Pastora (Valencina de la Concepción, Sevilla). Según Almagro Basch, M. (1962).

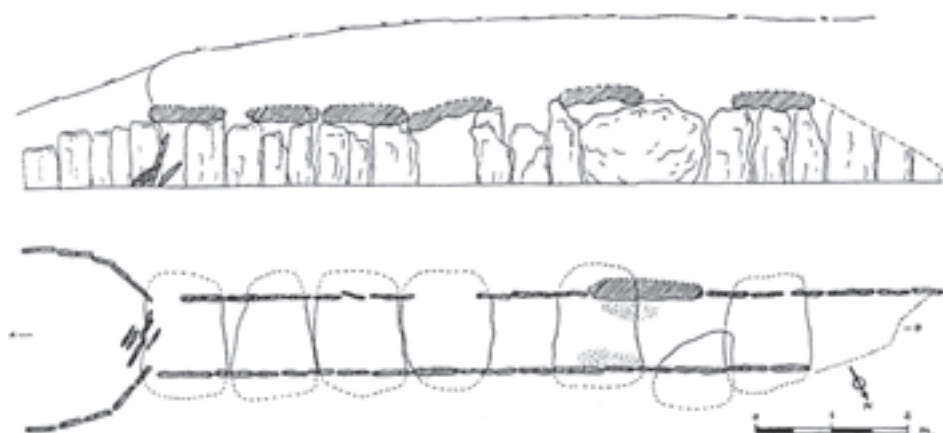


Figura 21: Planta de Ontiveros (Valencina de la Concepción, Sevilla). Según J. Carriazo (1962).

había llegado casi al final del pasillo dio por terminada la excavación. Cuatro décadas más tarde y con motivo de la restauración del monumento, Juan de Mata y Carriazo pudo excavar en Agosto de 1955 los 12 metros de pasillo que aún restaban hasta la entrada del monumento.

Como estructura funeraria de corredor y cámara circular con un total de 32 metros de longitud máxima, Matarrubilla se aproxima a La Pastora en grandiosidad. De ella se diferencia por tener un corredor algo más ancho que estuvo jalonado en su día por tres pilares o postes de madera de los que solamente se han conservado las huellas. Un elemento muy interesante de este monumento es que en la cámara se encuentra un gran bloque de mármol negro, tallado y con un rebaje de varios centímetros en la parte superior, para una función de mesa de ofrendas o altar. Sin duda se trata de un elemento ritual que ya tuvo gran importancia en el diseño y planeamiento del monumento, ya que su colocación, ocupando gran parte del espacio de la cámara, debió producirse *antes* de la erección de la techumbre en falsa cúpula.

El depósito funerario encontrado en Matarrubilla era bastante escaso. En la expoliada cámara apenas se identificaron restos revueltos y fragmentados de cerámica y algunos huesos humanos. En el corredor Carriazo pudo identificar algunos materiales *in situ*, incluyendo herramientas de piedra, una gran cantidad de fragmentos de laminillas de oro (que quizás recubrían objetos hecho con material perecedero que ya habían desaparecido), algunos objetos de marfil (incluyendo un colmillo de elefante en bruto, sin trabajar) y varios miles de cuentas de collar. Tan solo se identificó un esqueleto completo, a medio camino del corredor y en posición encogida (aunque tumbada, y no sentada como estaban los cuerpos del Dolmen de Soto). Las colección de objetos votivos de Matarrubilla puede ser considerada más bien pequeña, sobre todo si tenemos en cuenta su tamaño y comparamos la relación tamaño-cantidad de objetos con otros *tholoi* mucho más pequeños como los de la Zarcita, que Cerdán juzgó pudieron haber contenido originalmente varios cientos de objetos.

La cantidad relativamente baja de enterramientos y ajuares y la presencia de la pila o mesa de ofrendas que domina de forma tan evidente el espacio disponible en la cámara abovedada del monumento sugiere que, efectivamente, un monumento como Matarrubilla pudo haber desempeñado la función de templo o recinto ceremonial además de (o quizás más que como) sepulcro.

Se tienen noticias de que alrededor de la tumba de La Pastora se hallaron en el siglo XIX otras más pequeñas, hoy desaparecidas. La existencia de otros tipos de tumbas de construcción más simple y menor tamaño ha podido ser corroborada por las recientes excavaciones realizadas en las proximidades de las grandes, como las de Roquetito o Campo de Tiro. Las estructuras se encuentran excavadas en la tierra caliza y en algunas se han hallado losas de revestimiento de las paredes. A pesar de su relativa sencillez constructiva (en comparación con los imponentes mausoleos a los que rodean), hasta el punto de que podrían casi ser descritas como *hipogeos* o *cuevas artificiales* más que como megalitos (de nuevo nuestras tribulaciones semánticas), estos enterramientos han aportado una valiosa información sobre el ritual funerario practicado por la comunidad prehistórica de Valencina de la Concepción al hallarse restos humanos en posición fetal y ajuares compuestos por vasos cerámicos, herramientas de sílex y hueso así como objetos metálicos tales como hachas y sierras de cobre e incluso láminas de oro.

Por su parte, la necrópolis de Gandul contiene monumentos funerarios tumulares que abarcan un dilatadísimo arco temporal, desde el III milenio a.n.e. hasta época romana, siendo un excelente ejemplo del éxito que la cubrición tumular llega a tener (a partir de su uso en la arquitectura megalítica) como procedimiento constructivo capaz de dar solemnidad y monumentalidad a los lugares de reposo de los antepasados. La mayor parte de las tumbas fueron excavadas a principios del siglo XX por el estudioso británico G. Bonsor, otras a mediados y la más reciente (*tholos* de Las Canteras) en 1982.

Aunque entre las construcciones funerarias megalíticas de Gandul predominan fundamentalmente los *tholoi*, existen también dos grandes dólmenes de galería (Tumba de la Casilla y Cañada del Carrascal). Los *tholoi* varían en tamaño y, si bien no llegan a las dimensiones de los grandes corredores de la necrópolis de Valencina, algunos como el llamado Cañada Honda B se pueden considerar de largo corredor, ya que alcanzan casi 18 metros de longitud.

La arquitectura de los *tholoi* de Gandul está bastante *estandarizada*. Todos se encuentran excavados en la roca caliza, a excepción de la Tumba de El Pedrejón, construida totalmente con ortostatos calizos (la piedra local). En cuanto a la distribución de los espacios dentro de los monumentos, todos se componen de un vestíbulo, acceso al corredor en rampa o con escalones (Las Canteras), un corredor adintelado con paredes generalmente revestidas por losas de pizarra y una cámara circular con el mismo tipo de revestimiento. La cubierta del corredor y la falsa cúpula suelen construirse a media altura, a partir de la superficie de suelo natural. Sin embargo, en Las Canteras y El Término, se eleva la altura del corredor con varias hiladas de pizarras, sobre las que descansan directamente las losas de cubrición. Una particularidad que presentan algunas tumbas de Gandul con respecto a las de Valencina es la presencia de estructuras anejas a la cámara, bien en forma de camarillas (Cueva del Vaquero) bien en forma de otro pequeño *tholos* con corredor y cámara (El Término, Cañada Honda G). Una excepción hecha a la generalidad constructiva es que La Cueva del Vaquero plantea un sistema similar al Dolmen de La Pastora, es decir, con las paredes del corredor y cámara revestidas mediante muros de mampostería en hiladas de pizarras.

La excavación en extensión realizada en el *tholos* de Las Canteras permitió estudiar el túmulo con detalle. Este tenía un diámetro de 18 m y estaba compuesto por tierras y muretes circulares de piedras; quizás lo más novedoso en cuanto a sistema de construcción fuera el hallazgo de una zanja de poca profundidad delimitando el túmulo. En su interior se hallaron cuatro tumbas individuales en covacha correspondientes a la Edad del Bronce (otra igual fue hallada en La Cueva del Vaquero), lo cual revela que, como en otros muchos sitios en el Viejo Mundo, también los monumentos megalíticos de Gandul continuaron ejerciendo su influencia como sitios sagrados tiempo después de que el megalitismo perdiera vigencia.

En cuanto a los depósitos funerarios es de destacar que han sido escasos los restos de huesos humanos hallados en su interior. En la mayor parte de las tumbas, además de los hallazgos habituales (vasos cerámicos, industria lítica y ósea, cuentas de collar) se han localizado numerosas cerámicas campaniformes, lo que indica, para algunos casos, la construcción de las tumbas en la fase final de la Edad del Cobre, pero en otros su reutilización en ese momento. También han sido hallados otros objetos de prestigio, como instrumentos de cobre, adornos de marfil, y algunas láminas de oro del mismo tipo que las de Matarrubilla (de estas últimas se

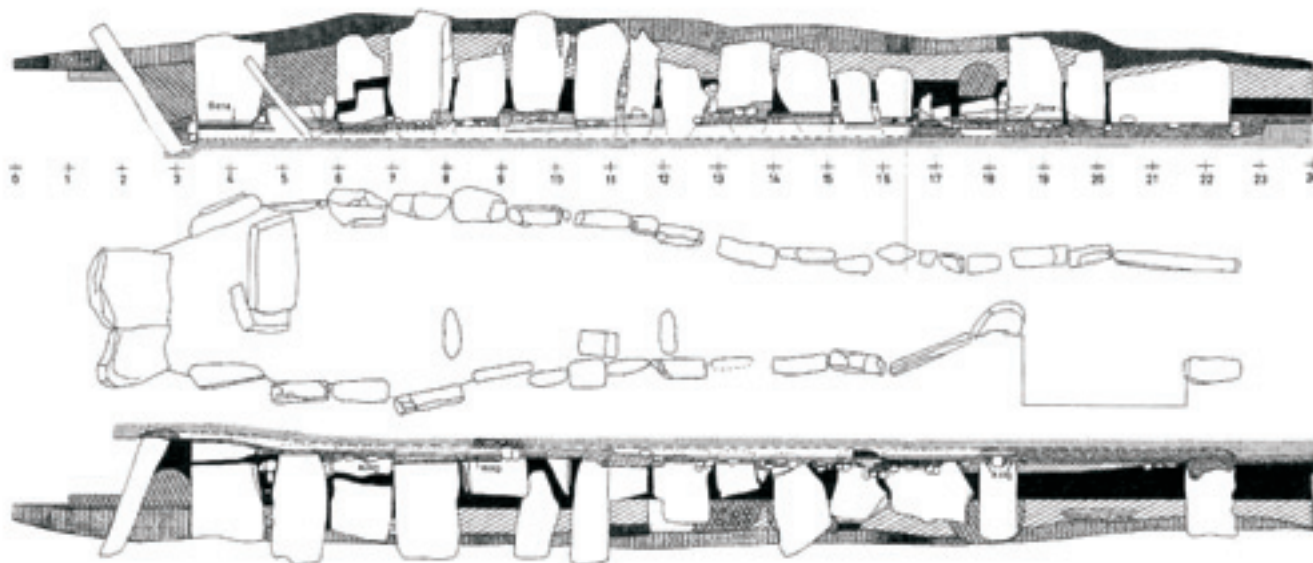
halló en el *tholos* de Las Canteras un ejemplar excepcional, decorado con el tema oculado que aparece en los ídolos placa y cilíndricos y que posiblemente se utilizara para recubrir un bastón u objeto de otro tipo).

Un tercer tipo de estructura funeraria usado de forma paralela a los anteriores, es la “*cueva artificial*”, espacio subterráneo con una o varias cámaras, excavado en un terreno o roca dura para albergar los enterramientos y que no supone el uso de aparejos de construcción como ortostatos o muros de mampostería ni de sistemas de cubrición. Su distribución geográfica es amplia aunque parece haber una mayor concentración en los términos de Gilena y Morón de la Frontera, al sureste de la provincia de Sevilla. Una de las más interesantes es la llamada El Negrón (Gilena), compuesta por una cámara central y rodeada por cuatro cámaras anejas y un corredor.

Cádiz. El número de construcciones megalíticas identificadas en la provincia de Cádiz es algo menor al de Huelva y Sevilla. Aunque no se ha publicado ningún recuento de las mismas que tenga en cuenta los datos más recientes, posiblemente no excedan de las cuatro decenas las actualmente conocidas, reunidas en una serie de dos conjuntos principales, en la Sierra Subbética (Alcalá del Valle y Villamartín,) y en Tarifa y en algunas localizaciones más concretas en Sanlúcar de Barrameda y en la Laguna de la Janda. Un aspecto general que parece destacar en el megalitismo gaditano es la ausencia de construcciones de tipo *tholoi* que, como acabamos de ver, son tan abundantes pocas decenas de kilómetros más al Norte, en el valle del Guadalquivir. Dentro del contexto general de nuestro limitado conocimiento científico del fenómeno megalítico en Andalucía occidental, esa aparente inferioridad en cuanto a número y diversidad arquitectónica de localizaciones queda sobradamente compensada por el hecho de que en la provincia de Cádiz se encuentra el monumento megalítico mejor investigado de toda Andalucía, el Dolmen de Alberite (término municipal de Villamartín).

En efecto, la galería cubierta de Alberite fue excavada en 1993 por un equipo de la Universidad de Cádiz dirigido por J. Ramos Muñoz y F. Giles Pacheco y la información obtenida fue posteriormente objeto de un importante análisis multidisciplinar, de forma que, por primera vez en prácticamente un siglo de estudios arqueológicos, un monumento megalítico relativamente bien conservado era sujeto a un estudio pormenorizado con todo el arsenal de métodos científicos actualmente disponibles. La contribución de esta investigación al tema del megalitismo en el Sur de la Península Ibérica ha sido muy relevante, no ya sólo por la excelente metodología aplicada en su estudio, sino por los descubrimientos y hallazgos a que ha dado lugar, por ejemplo la espléndida serie de representaciones grabadas y pintadas que ornamentaban algunos de sus ortostatos.

Alberite es un dolmen de tipo galería de planta trapezoidal de 20 metros de longitud y una anchura variable de entre 1 y 4 metros, con cubrición adintelada (Figuras 22). Los primeros 10,5 metros de la galería no tenían depósito funerario alguno, pero a partir de ahí, dos jambas sucesivas marcan el acceso hacia la zona más profunda y ancha de la estructura, un espacio más amplio que actuó como verdadero marco para el depósito funerario, en el que destaca un monocristal de cuarzo de unos 30 cms. de longitud (Figura 23). Allí se encontraron también algunos fragmentos osteológicos en mal estado (esta parte del monumento se había visto afectada por tareas agrícolas) que pudieron ser asignados a dos individuos de



edad adulta, uno de sexo masculino y otro femenino, así como el ajuar funerario. Toda la planta de la galería se encontraba recubierta de una gruesa capa de ocre.

Posiblemente el aspecto más fascinante de la conceptualización y diseño del espacio funerario del Dolmen de Alberite es el “arte megalítico” pintado y grabado que decora algunas de sus partes y que ha sido estudiado por P. Bueno y R. Balbín. Las representaciones incluyen un amplio repertorio de motivos, tales como geométricos, esteliformes, un serpentiforme y una panoplia de guerrero (escudos, hacha, cuchillo) (Figura 24). En este sentido, Alberite se asemeja bastante al Dolmen de Soto como ejemplo de los verdaderos *programas iconográficos* que llegaban a incorporar los monumentos megalíticos y que hasta hace apenas unos años no han empezado a ser objeto de un estudio sistemático. Concretamente, la primera de las jambas de Alberite (ortostato número 40) muestra una serie de representaciones antropomorfas y de armas (hachas) que la convierten en la representación de una verdadera *divinidad protectora* del espacio funerario que sigue a continuación; un *guardián* que, mostrando amenazadoramente sus armas, protege el recinto de extraños e intrusos, humanos o sobrehumanos. Una estela *armada* muy semejante a la de Alberite fue encontrada en la no muy lejana galería cubierta de El Toconal (Olvera) (Figura 25). Debemos recordar que la existencia de figuras *apotropaicas* (es decir protectoras frente a espíritus malignos o enemigos) está enormemente extendida en la arquitectura prehistórica y antigua del Viejo Mundo, siempre a la entrada de templos y recintos funerarios: no otra cosa son las esfinges y otros animales fantásticos que guardaban los templos egipcios y mesopotámicos. Otro dato enormemente revelador obtenido en Alberite es que muchos de sus ortostatos fueron decorados por sus cantos y su cara no visible, lo que implica que fueron objeto de tratamiento y decoración *antes* de su colocación en la estructura arquitectónica, un hecho nunca sospechado antes en la historia de las investigaciones del megalitismo.

El depósito funerario de Alberite contenía además el habitual recuento de cuantiosas herramientas relacionadas con las actividades productivas habituales de la comunidad que lo construyó, tales como útiles líticos, vasijas cerámicas,

Figura 22: Planta del Dolmen de Alberite (Cádiz). Según J. Ramos Muñoz y otros (1996): “Excavación del Dolmen de Alberite. Metodología y proceso técnico. Estratigrafía.” En J. Ramos Muñoz y F. Giles Pacheco (Eds.).

Figura 23: Monocristal de Cuarzo del Dolmen de Alberite (Cádiz). Según S. Domínguez-Bella y Diego Morata (1996).





Figura 24: Motivos esteliformes del Dolmen de Alberite (Villamartín, Cádiz). Según P. Bueno Ramírez y R. de Balbín Behrmann (1996).

hachas pulimentadas, así como objetos ornamentales (se contabilizaron casi 2000 cuentas de collar de variscita, hueso y concha) y otros de carácter simbólico-religioso, como por ejemplo un ídolo del tipo *betilo* (una piedra de forma sub-cilíndrica sin trabajar) y un gran prisma de cristal de cuarzo (ya hemos ido constatando que el cristal de roca y el cuarzo son rocas muy apreciadas entre las comunidades neolíticas y calcolíticas y que aparecen frecuentemente entre los ajuares funerarios de los megalitos).

Entre los restantes monumentos megalíticos gaditanos, pocos han sido sujetos a exploración arqueológica. En 1959 J. de Mata Carriazo pudo inspeccionar en Sanlúcar de Barrameda el Dolmen de Hidalgo, que acababa de aparecer en unas tareas agrícolas (consiguientemente destruido casi por completo) y que incluía una gran piedra de forma esférica de casi un metro de diámetro verdaderamente sorprendente. Desafortunadamente, con posterioridad a la visita de Carriazo no se ha vuelto a prestar atención a este singular monumento.

En 1987 se excavó en Alcalá del Valle una pequeña estructura funeraria colectiva de tipo cista llamada El Carnerín, en la que habían sido depositados con carácter secundario restos óseos de 8 individuos acompañados de objetos cerámicos y dos brazaletes y un anillo de plata. El Carnerín es bastante interesante por que, dado que los objetos de prestigio metálicos sugieren una cronología del II milenio a.n.e., representa una pervivencia del concepto colectivo del ritual funerario en la Edad del Bronce, cuando muchas otras comunidades ya están practicando enterramientos individuales.

Finalmente, se han hecho reconocimientos superficiales de algunos de los monumentos de la zona de Tarifa como el Dolmen de los Charcones o el Dolmen del Retín, próximos a la interesante necrópolis hipogea de Los Algarbes, pero ninguno de ellos ha sido excavado.



Figura 25: Arte megalítico de El Tocal (Olvera, Cádiz). Según R. Rodríguez Fernández (1990).

IV.5. Lecturas de Referencia.

Recintos, cámaras y espacios. Ejemplos citados. El trabajo seminal de C. Renfrew sobre el megalitismo europeo es *Before Civilization: The Radiocarbon Revolution and Prehistoric Europe* (1973, hay traducción española: *El Alba de la Civilización: La Revolución del Radiocarbono (C14) y la Europa Prehistórica*, Madrid, Istmo, 1986). Una síntesis reciente de los menhires y estelas bretonas se encuentra en el trabajo de C. Le Roux “Menhirs et pierres dressées dans le paysage mégalitique armoricaine” publicado en la obra colectiva *Mégalithismes de l’Atlantique à l’Ethiopie* coordinada por Jean Guilaine. La estela de Navalcán ha sido publicada por P. Bueno, R. Balbín Behrmann, R. Barroso, J. L. Alcolea, R. Villa y S. Moraleda en el libro *El Dolmen de Navalcán. El Poblamiento Megalítico en el Guadyerbas* (1999). Sobre los recintos de Stonehenge y Avebury se han publicado numerosísimos trabajos; unas buenas revisiones de las investigaciones más recientes se encuentran en el libro de R. J. Atkinson *The Prehistoric Temples of Stonehenge and Avebury* (1990) o en el de B. Bender *Stonehenge, Making Space* (1998). En español es posible consultar el trabajo de C. Chippindale *Stonehenge. En el Umbral de la Historia* (1989).

Pensando grandes piedras. Los trabajos clásicos de M. Gimbutas sobre las religiones neolíticas del Viejo Mundo incluyen *The Gods and Goddesses of Old Europe, 7000-3500 BC. Myths, Legends and Cult Images* (1974, hay traducción española, *Diosas y Dioses de la Vieja Europa 7000-35000 a.C.: Mitos, Leyendas e Imaginería*, Madrid, Istmo, 1991), *The Language of the Goddess* (1989, hay traducción española *El Lenguaje de la Diosa*, Oviedo, Grupo Editorial Asturiano, 1996) y *The Civilization of the Goddess. The World of Old Europe* (1991). El trabajo más influyente de Jacques Briard sobre las religiones de la Edad del Bronce en Europa es *Mythes et Symboles de l'Europe Preceltique: Les Religions de l'Âge du Bronze (2500-800 av.J.C.)*, publicado en 1987. Algunas de las obras del conocido antropólogo francés Mircea Eliade que más han influido en la interpretación de las religiones prehistóricas europeas son *Traité d'Histoire des Religions* (1968, traducción española *Tratado de Historia de las Religiones*, Madrid, Cristiandad, 1974) y *Le Mythe de l'Éternel Retour: Archétypes et Répétition* (1969, traducción española *El Mito del Eterno Retorno: Arquetipos y Repetición*, Madrid, Alianza, 1972).

El prehistoriador norteamericano D. G. Anderson analiza los datos de la expedición de De Soto en un trabajo sobre las jefaturas prehistóricas de la cuenca del Mississippi titulado "Stability and change in chiefdom-level societies. An examination of Mississippian political evolution on the Atlantic slope" publicado en M. Williams y G. Shapiro (Eds.): *Lamar Archaeology. Mississippian Chiefdoms in the Deep South* (1990). M. Hoskin ha compendiado sus investigaciones sobre arqueoastronomía y megalitismo en Europa occidental en el libro *Tombs, Temples and their Orientation. A New Perspective on Mediterranean Prehistory* (2001). Richard Bradley discute su teoría sobre los *universos circulares* del Neolítico y la Edad del Bronce europeas en su libro *The Significance of Monuments. On the Shaping of Human Experience in Neolithic and Bronze Age Europe* (1998), mientras que en *The Past in Prehistoric Societies* (2002) analiza las formas en que los megalitos fueron utilizados como elementos y soportes materiales de la memoria colectiva por las sociedades prehistóricas europeas. La excepcional biografía del monumento megalítico de Avebury como ejemplo del *viaje en el tiempo* de las *grandes piedras* ha sido recientemente estudiada por J. Pollard y A. Reynolds en su libro *Avebury. The Biography of a Landscape* (2002). En España, el profesor F. Criado Boado ha investigado la significación paisajística de los monumentos megalíticos gallegos, tema al que ha dedicado trabajos como "Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje" (*Spal. Revista de Prehistoria y Arqueología* 2, 9-55. Sevilla. Universidad de Sevilla. 1993) o "Megalitos, espacio, pensamiento." (*Trabajos de Prehistoria* 46, 75-98. Madrid. CSIC. 1989).

Agradecimientos

Deseamos agradecer los valiosos comentarios relativos a las primeras versiones de este texto aportados por P. Bueno Ramírez (Universidad de Alcalá de Henares), Y. Fernández Cacho (IES San Fulgencio, Écija, Sevilla), P. Díaz Muriana (IES Doñana, Sanlúcar de Barrameda, Cádiz), Ignacio García Valdivia (IES Baelo Claudio, Algeciras, Cádiz) y Rafael Urías Martínez (IES Rodrigo Caro, Coria del Río, Sevilla).

V. CONJUNTO MEGALÍTICO DE VALENCINA DE LA CONCEPCIÓN

En el término de Valencina de la Concepción y en parte de términos adyacentes, especialmente Castilleja de Guzmán, se sitúa una de las aglomeraciones de restos arqueológicos correspondientes al principio de la Edad de los Metales más importantes de todo el Occidente europeo. Sin embargo este yacimiento se halla gravemente dañado, y lo que queda de él, amenazado, por la construcción de viviendas que desde mediados de los años setenta del siglo pasado ha continuado sin interrupción.

Figura 26: Localización de las estructuras funerarias en Valencina de la Concepción y Castilleja de Guzmán (según J.M. Vargas).



El yacimiento se compone fundamentalmente de dos conjuntos dispares aunque muy relacionados, uno sumergido, en el que se integran fondos de cabañas, silos, cuevas artificiales funerarias y zanjas, muy características estas últimas del mundo urbano calcolítico; y el otro, también sumergido, pero de alguna forma

emergente, compuesto por megalitos, cercano a la decena (no se desecha el hallazgo de alguno más), de los que sólo dos son visitables y que son objeto de estudio más detallado en esta obra.

Del conjunto de restos correspondientes al poblado calcolítico nada se ha puesto en valor, destruyéndose todas las estructuras encontradas, algunas de ellas excavadas con carácter de urgencia, si bien se tiene proyectado un centro de interpretación sobre el yacimiento. En cuanto a los megalitos, dos son visitables (tholos de La Pastora y dolmen de Matarrubilla); un tercero (dolmen de Ontiveros), excavado por Carriazo en 1949, y del que sólo se ha podido explorar la entrada y diez metros del corredor,

no es visitable dado que se encuentra bajo la piscina de una propiedad privada (el ayuntamiento de Valencina de la Concepción pretende pasarlo a propiedad municipal); cuatro más fueron detectados junto al de La Pastora si bien no fueron excavados; un octavo fue excavado parcialmente y posteriormente destruido en la década de los setenta del pasado siglo dentro del casco urbano de Valencina; un noveno (tholos de Cerro de la Cabeza), dañado por las obras de la carretera que lo atravesaba, desaparecido tras su excavación; el décimo, Montelirio, en Castilleja de Guzmán, al igual que otro, están por excavar, en el espacio público de la urbanización el Señorío de Guzmán; y uno más en este término excavado parcialmente y destruido en la década de los ochenta al demoler el antiguo depósito de agua. Aún hay constatación de otras tantas estructuras asimilables a este tipo, hoy perdidas.

Así pues, a estas dos estructuras visitables dedicaremos nuestras próximas palabras con el ánimo de que faciliten el acercamiento al desarrollo del fenómeno megalítico en este lugar, lamentando la falta de contexto en el que podrían haberse incluido estos megalitos.



Figura 27: Delimitación de áreas en el yacimiento de Valencina de la Concepción (según J.M. Vargas).

V.1. “Dolmen” de la Pastora

En realidad este megalito, conocido popularmente como dolmen hay que incluirlo dentro de la tipología de *tholos*, ya que se trata de un megalito con corredor y cámara de bóveda falsa o por aproximación de hiladas.

Fue descubierto en 1860 y declarado Monumento Histórico Artístico en 1931, procediendo su nombre del de la finca, Divina Pastora, donde se halló.

Excavado parcialmente, en 1991 se hicieron trabajos en la parte de la entrada descubriéndose que el corredor continuaba 15 metros más allá, amén de documentarse un sello y un atrio o vestíbulo de aproximadamente metro y medio.

Como ya hemos dicho, se compone de un corredor y una cámara, todo ello cubierto por un túmulo. El corredor, el más largo de toda la Península Ibérica, tiene casi 43 metros de longitud, está pavimentado con losas, y comienza, tras el sello de piedra o cierre, por un atrio o vestíbulo que sigue por un estrecho pasillo cuya anchura oscila entre 0,80 y 1 m, y una altura que varía desde los 1,41 m hasta los 1,81 junto a la cámara, lo cual se consigue profundizando en el terreno. Este corredor se halla jalonado a los 14,50, 13,80, y 14 m por sendos ortostatos verticales que a modo de jambas debieron servir de apoyo a puertas.

La cámara es de planta circular de 2,70 m de diámetro y casi 3 m de altura. Su sección presenta un perfil que se inclina levemente hacia el interior y termina abovedándose mediante aproximación de hiladas, la cual se cierra con una gran losa de granito. A media altura, frente al pasillo posee una hornacina, posiblemente para colocación de ofrendas.

Figura 28: Corredor del *tholos* de La Pastora.



Las paredes se levantaron con obra de mampostería de lajas de pizarra, dispuestas en hiladas interrumpidas por los ortostatos verticales que las jalonan a modo de jambas de puertas, y tienen un espesor aproximado de unos 80 cm. La techumbre se realizó mediante cobijas de caliza, arenisca y granito hasta un total de 27, contabilizadas en los últimos 28 m de corredor y la cámara, únicos conservados. Igualmente se observa en su colocación un atisbo de alternancia en el uso del tipo de roca como se puede comprobar en el dibujo.

Se debió construir abriendo una gran zanja en la que a su vez se excavó un foso de paredes rectas para cimentación de las paredes de mampostería, se continuó colocando la cobijas que apoyarían en los laterales de la zanja, no habiéndose demostrado que la pared de mampostería, que dado su espesor no podría soportar el peso de las cobijas, se levantara antes o después de las cobijas (como parece ocurrir en Matarrubilla) y por último se levantaría el túmulo que lo cubriría y que desde hace un siglo ha sufrido una merma de unos 2 m de altura.

La orientación que presenta, mirando su boca a poniente, exactamente 243°, es extraña en el conjunto de megalitos andaluces, que acostumbran a mirar hacia levante. En este caso, su orientación coincidiría con la posición de la constelación Sirio entre el 2.300 y 2.200 a.n.e., lo que daría más argumentos a las hipótesis que sostienen una relación, entre otras, con las estrellas.

En su interior, ya expoliado de antiguo, se hallaron once puntas de flecha de sílex, trece cuentas de collar, y dos laminillas de oro, así como veintisiete interesantes puntas de jabalina de largo pedicelo en la puerta de la tumba. Además se adquirieron con procedencia de este *tholos*, “cuatro punzones, dos placas rectangulares de cobre, un collar, parte de otro collar o brazalete, un fragmento de hueso trabajado y conchas”. No obstante, las condiciones de su hallazgo y excavación no permiten asegurar que tales hallazgos pertenecieran al momento de la construcción del megalito o a fases posteriores, especialmente en lo referente a las jabalinas, de paralelos muy avanzados, y encontrados en la entrada. Aunque Almagro argumenta que el megalito debe datarse entre el 1800 y el 1600 a.n.e., en correspondencia con su ajuar, especialmente las puntas de jabalina, las condiciones de su hallazgo y excavación no permiten asegurar que tales hallazgos fueran contemporáneos del momento de la construcción del dolmen, especialmente las citadas jabalinas, de paralelos muy avanzados y fuera de Europa.

A su alrededor se hallaron otras tumbas de menores dimensiones en el siglo XIX, sin que haya llegado a nosotros sus características.

Figura 29: Sección lateral y frontal y perspectiva axonométrica de La Pastora

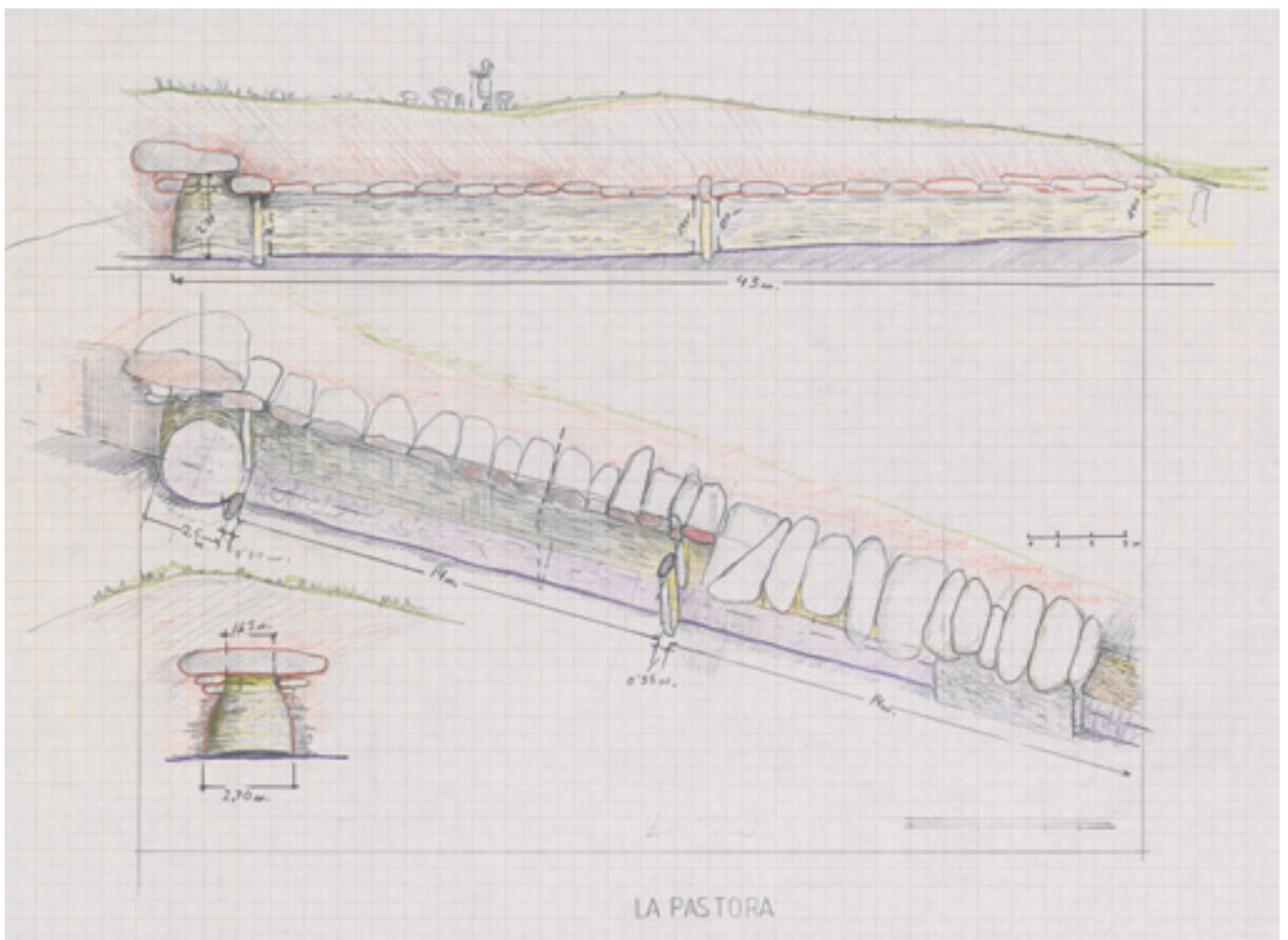




Figura 30: Cámara del *tholos* de Matarrubilla.

V.2. Dolmen de Matarrubilla

Este megalito, que entra en la tipología de dolmen, fue hallado en el interior de una viña de la finca Matarrubilla al intentar levantar una piedra que posteriormente fue dinamitada, dejando libre el acceso a la cámara. Fue excavado por Obermaier en 1918, si bien parcialmente ya que el corredor se hallaba destruido por la ruina de las cobijas de la techumbre, viéndose completada con la realizada por Mata Carriazo en 1955, cuyos resultados fueron publicados por Collantes en 1969.

Posee corredor y cámara. El corredor, que presenta una dirección NNE - SSW, tiene una longitud de 32 m, una sección trapezoidal cuya base mayor (el suelo) mide 1,27 m y su base menor 1,10 m; y una altura de 1,62 m. Sus paredes, al igual que la de la cámara, se hicieron con mampostería, mediante hiladas de piedra arenisca unidas con argamasa de tierra y corridas a lo largo de todo el contorno, interrumpidas sólo por un ortostato dispuesto verticalmente en la pared de levante junto a la cámara, a modo de jamba para la puerta que debió proteger la cámara. Tales paredes tienen un espesor de unos 40-50 cm, llegando en algunos puntos a los 80 cm, insuficientes para sostener su techo realizado con grandes cobijas de piedra arenisca, por lo que tales piedras debieron apoyar directamente sobre los laterales de la zanja que se abrió para la edificación del dolmen. En su suelo, terrizo, aparecieron a los 12,40, 17,40 y 25,60 m tres agujeros de 19 cm de diámetro y 50 de profundidad donde debieron estar clavados sendos postes que debieron servir bien para colocar las cobijas o bien de apoyo directo.

En cuanto a la cámara, tiene planta circular con un diámetro de 2,72 m y un alzado levemente parabólico que termina a los 2,12 m de altura, cerrándose por una gran losa de granito de 0,95 m de espesor máximo y 3,60 m de longitud máxima. Tampoco se halla pavimentada, encontrándose en ella una gran losa paralelepípeda, a modo de mesa, de mármol, de 1,70 x 1,20 x 0,50 m y un reborde en sus extremos en la superficie superior. Piezas semejantes se han localizado en el dolmen de Soto, aunque hecha de guijarros cementados; otra en San Bartolomé de la Torre, delante de la cual se hallaron cuatro vasijas de barro y un ídolo-placa; y aún otra en el dolmen de las Canteras de Guillena, redonda sobre la que había un plato de gran tamaño.

En cuanto a su contenido, comprobamos que, al menos, en período ibérico fue expoliado ya que se han localizado restos de la cerámica característica de ese momento. En total, en las excavaciones de Obermaier y Carriazo se han localizado: restos óseos, seguramente de dos esqueletos, uno de ellos en posición fetal; fragmentos cerámicos a mano; un fragmento de brazalete de marfil; un esqueleto en posición fetal; un hacha pulimentada de serpentina; una lámina de sílex; 2 fragmentos de lámina de sílex; una punta de flecha de sílex; un cuenco de piedra; un fragmento de punzón o lezna de cobre; varios trozos de oro (centenares, posiblemente re-cortados intencionadamente); 2 hojas de oro repujados con motivos lineales quebrados; numerosos fragmentos de cerámica (fuentes de fondo plano, cuencos, paredes verticales...); un fragmento de defensa de elefante, un fragmento de brazalete con decoración lineal en una de sus caras; un mango de cuchillo de marfil; un fragmento de lámina de marfil; y un bastoncito de marfil, así como

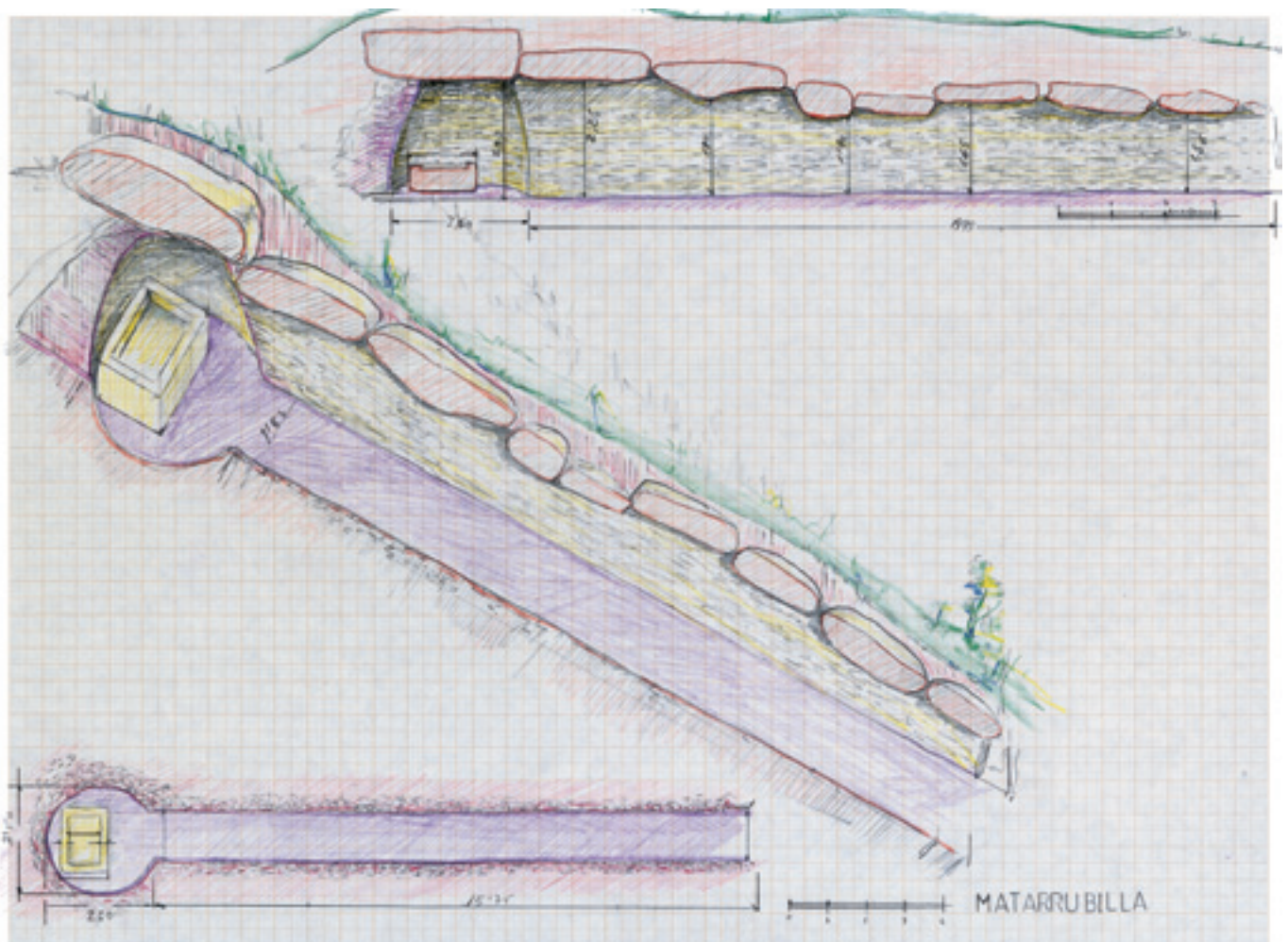


Figura 31: Detalle de la reconstrucción del corredor del *tholos* de Matarrubilla.

numerosas cuentas de collar, colgantes y otras piezas de adorno corporal. Todo ello nos lleva a datar el megalito hacia 1800 a.n.e. ya en la Edad del Bronce.

Según se cita en la publicación de Collantes su construcción se realizó abriendo un foso de 1 a 1,50 m de profundidad y 2,75 m de anchura; luego una segunda zanja más profunda y estrecha para el corredor y cámara (donde se ensancha); más tarde se colocaron las cobijas sobre corredor y cámara; después se revisitaron las paredes con mampostería; y por último se aterrazó la zanja del dolmen hasta enrasarla con la superficie del cabezo.

Figura 32: Sección, planta y perspectiva axonométrica del *tholos* de Matarrubilla.



VI. CONJUNTO MEGALÍTICO DE GANDUL (ALCALÁ DE GUADAÍRA)

La Dehesa de Gandul, situada en el término de Alcalá de Guadaíra (Sevilla), en su extremo oriental, casi en el límite con el de Mairena del Alcor, como ya se ha comentado en el capítulo de los profesores García Sanjuán y Hurtado Pérez, acoge un gran conjunto arqueológico que se compone de restos de diversas culturas, desde el Calcolítico o Edad del Cobre hasta los romanos.

En la zona se pueden distinguir dos grandes áreas: una, llamada Mesa de Gandul, en el borde del Alcor mirando a la vega, que debió acoger un poblado prehistórico si aceptamos la hipótesis más generalizada, en orden a los restos arqueológicos encontrados en su superficie; y otra, la de las necrópolis, situada más al noroeste, ocupando gran parte de lo que conocemos como Las Canteras, antiguo campo de prácticas de carros de combate, en pleno Alcor, y caracterizada por numerosas elevaciones, muchas de las cuales se corresponden con túmulos de enterramientos.

Es en esta última donde, lógicamente, se halla el conjunto dolménico que ahora estudiamos. A él se llega desde Mairena del Alcor por el Camino de Gandul y desde Alcalá de Guadaíra a través de la carretera de Gandul, que lleva al Centro

Penitenciario de Mujeres y tomando posteriormente el Camino de Gandul en dirección a Mairena del Alcor.

Independientemente de que puedan aparecer más megalitos, hasta el momento este conjunto se compone de la llamada Cueva del Vaquero, el *tholos* del Término, el Dolmen de la Casilla, la Tumba del Pedrejón, los de Cañada Honda (B y G), el de Cañada de Carrascal y el *tholos* de las Canteras, así como algunos enterramientos correspondientes a este momento, además de otros de la Edad del Bronce.

Como hemos podido comprobar, en general, predominan los

Figura 33: Paisaje de Gandul desde la Cueva del Vaquero. Al fondo la Mesa de Gandul, posible área poblacional.





Figura 34: El túmulo del *tholos* del Término desde la Cueva del Vaquero.

tipo *tholos*, excavados en la roca alberiza, con longitudes que varían entre los 7,40 m del de las Canteras hasta los 16,5 m de la Tumba del Término. Las paredes son variadas contándose algunas revestidas con lajas de pizarra –Término, Cañada Honda B y G–, con mampostería –Cueva del Vaquero– o realizadas con ortostatos –Tumba del Pedrejón–. Igualmente existe complejidad de plantas ya que la Cueva del Vaquero, Cañada Honda G y Las Canteras presentan cámaras adjuntas a la principal; el *tholos* de las Canteras y Cañada Honda G poseen su corredor dividido en tramos y sólo Las Canteras ofrece la particularidad del doble adintelamiento del corredor. En cuanto al de la Casilla es el único con planta en galería.

Descubierto para el mundo de la arqueología por Bonsor, algunos de ellos fueron excavados por Méndez y Bonsor, fundamentalmente desde 1902 a 1916, conociendo nuevas actividades arqueológicas en 1971 y 1982-3. El conjunto arqueológico fue declarado Monumento Nacional el 3 de junio de 1931 con el nombre de “Necrópolis dolménica de Los Alcores-Gandul” y con fecha 15 de octubre de 1991 se le incoó expediente de Bien de Interés Cultural como “Zona arqueológica de Gandul. Alcalá de Guadaíra y Mairena del Alcor (Sevilla)”



Figura 35: La Cueva del Vaquero rodeada de las huellas del paso de los carros de combate en fotografía de los años ochenta.



Figura 36: Estado actual de la puerta de la Cueva del Vaquero.

VI.1. Cueva del Vaquero

Se trata de una construcción megalítica de corredor y cámara con falsa cúpula, cubierta por un túmulo, hoy muy rebajado, por lo que entra dentro de la categoría de los *tholoi*. Fue excavado por Bonsor en 1902.

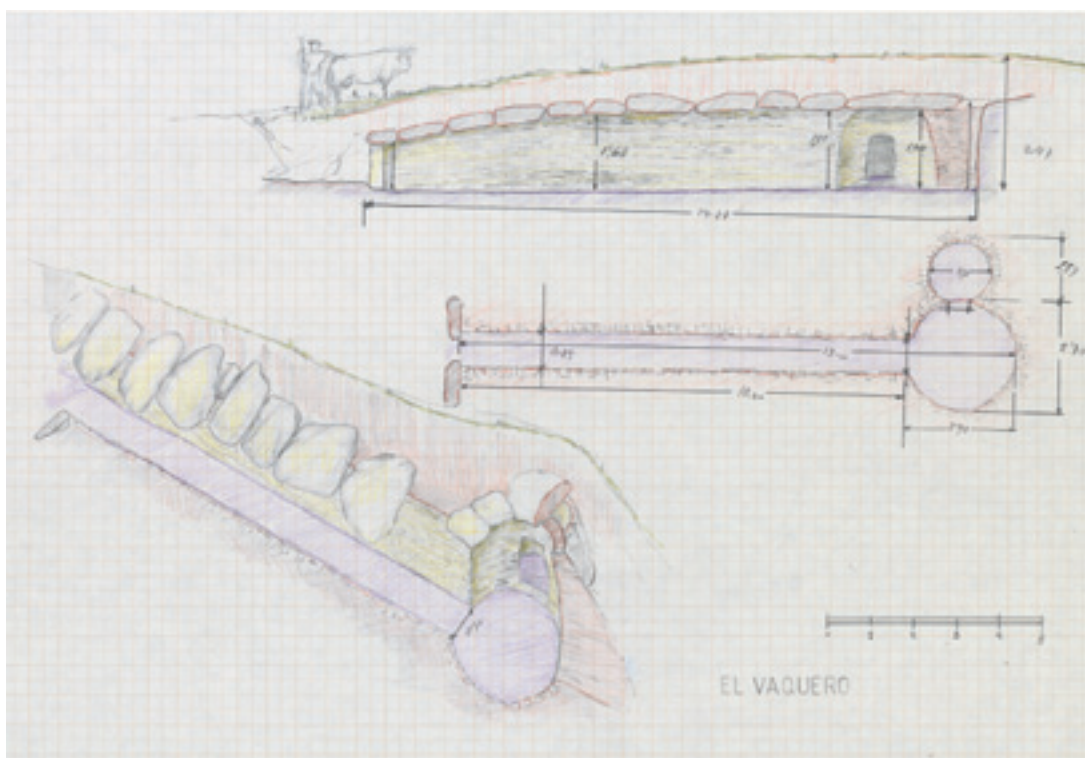
Toda la estructura se halla realizada en el interior de una zanja abierta en la tierra. El corredor tiene 16,05 m de largo, 0,85 m de ancho y una altura que va desde 1,20 m en su entrada a 2,05 m junto a la cámara. Presenta una orientación SE (133°).

En cuanto a la cámara, tiene planta circular con un diámetro que alcanza los 2,60 m y sección abovedada (falsa) desde el suelo con altura de 2,35 m. En uno de sus lados posee una cámara lateral, también de planta tendente a circular, de menores dimensiones, con 1,40 m de diámetro. Igualmente parece que la pequeña estructura situada junto a la pared debió corresponder a un pilar o poyete de pequeñas magnitudes, a modo de mesa de ofrendas.

Toda la estructura presenta paredes de mampostería, losas de pizarra mezcladas con otras de piedra alberiza, colocadas en hileras y unidas con arcilla. La techumbre del corredor es plana, realizada con cobijas de piedra alcoriza y algunas de granito, que descansan sobre las paredes, mientras que la de la cámara es abovedada, siendo singular la piedra que hoy cierra la falsa cúpula, también de piedra alcoriza, por sus dimensiones, superiores en buena medida a las otras y con un agujero central que da luz a la cámara si bien en origen tenía otra encima que lo tapaba. Cubriendo toda la estructura estaba el túmulo.

Por lo que respecta al ajuar, Bonsor encontró varias puntas de flecha de sílex de base cóncava y cerámica a mano fragmentada: platos de borde engrosado y fragmentos de campaniformes correspondientes a un vaso y dos cuencos. Esto apunta a unas fechas de fines del III milenio o comienzos del II a.n.e.

Figura 37: Sección, planta y perspectiva axonométrica de la Cueva del Vaquero.



VI.2. Tholos de las Canteras

Se trata del único megalito de este conjunto que ha gozado de una excavación moderna (1982-83) y su nombre procede del nombre de la zona militar donde se encontraba. Prácticamente arruinado, constaba de un corredor y una cámara que presentan dirección NW-SE.

El corredor tenía 5,40 m de longitud y una anchura máxima de 0,80 m salvo al principio que, a modo de atrio con planta trapezoidal, se ensanchaba hasta 1,50 m, y una altura que rondaba los 1,40 m. Tras este atrio se iniciaba el corredor marcado por dos losas transversales, a modo de puerta, incrustadas en las paredes. De inmediato, una bajada de tres escalones daba al pasillo que se hallaba forrado con ortostatos de pizarra y cubierto con cobijas de piedra alcoriza.

En el centro del corredor se halló una piedra colocada transversalmente de sección casi oval que parece dividir el pasillo en dos tramos, sin que sepamos su función. Y la final de esta estructura de nuevo parece haber habido otra puerta ya que quedaban las ranuras en las paredes para las losas verticales que actuarían de jambas.

En cuanto a la cámara, de 2 m de diámetro, se debió hallar revestida igualmente de ortostatos de pizarra, solada y cubierta por una falsa bóveda (por aproximación de hiladas), la cual inicia su curvatura desde el mismo suelo.

Toda la estructura se hallaba contenida en una zanja de 1,30 m de profundidad, su suelo presentaba un pavimento de losas planas, y sus paredes estaban conformadas parcialmente por la misma roca natural, completadas con mampostería y revestidas por losas de pizarra que se conservan a media altura. Las cobijas del techo son también de pizarra y como esta roca es débil, se reforzaba con el levantamiento de otra hilada de piedras de tamaño medio en la línea de la pared y sobre la cual se colocaba una segunda cobija en sentido transversal a modo de segunda techumbre.

Cubría la estructura un túmulo dispuesto mediante tres anillos concéntricos de piedra, teniendo 18 m el diámetro del exterior, suponiendo que la entrada al megalito quedaría libre de la cubrición.

La excavación de este *tholos* deparó dos particularidades, el hallazgo de una zanja irregular de profundidad media de unos 0,40 m que rodeaba el túmulo y el de cuatro covachas “parásitas” dispuestas de dos en dos a ambos lados del corredor pero dentro del túmulo.

En cuanto a su ajuar, que se hallaba expoliado de antiguo, lo forman varios vasos y cuencos cerámicos, 4 láminas de sílex fracturadas, 9 puntas de flecha de base cóncava, un hacha pulimentada, 17 cuentas de collar y un pequeño cincel de cobre. Según sus investigadores la fecha de la construcción debió situarse al final del Calcolítico, en unas fechas cercanas al cambio del III al II milenio a.n.e.



Figura 38: Estado actual del *tholos* de Las Canteras. Aún pueden verse los muros testigos de la excavación.

VI.3. Tumba del Término



Figura 39: Detalle de la reconstrucción del corredor de la Tumba del Término.

Fue designado así por F. Collantes y S. Sancha que lo excavaron en 1971. Se halla situado en el límite de los términos de Alcalá de Guadaíra y Mairena del Alcor, si bien pertenece íntegramente al del segundo, de ahí su nombre y el de El Límite con que también es conocido.

Se trata de un *tholos* con corredor, cuya dirección es SW-NE, y doble cámara, una principal, más grande, y otra satélite, de menores dimensiones, ambas cubiertas por cúpulas de aproximación de hiladas. Se levantó sobre una zanja cuyas paredes fueron forradas con placas de pizarra, apoyando las cobijas, de piedra alcoriza, directamente sobre los laterales de la zanja (roca tallada).

Los excavadores no citaron existencia de solado alguno en el pasillo, aunque se comprueba que el atrio presenta una pequeña inclinación ascendente, siendo descendente en el corredor hasta la cámara principal, y de nuevo ascendente desde ésta hasta la cámara adjunta.

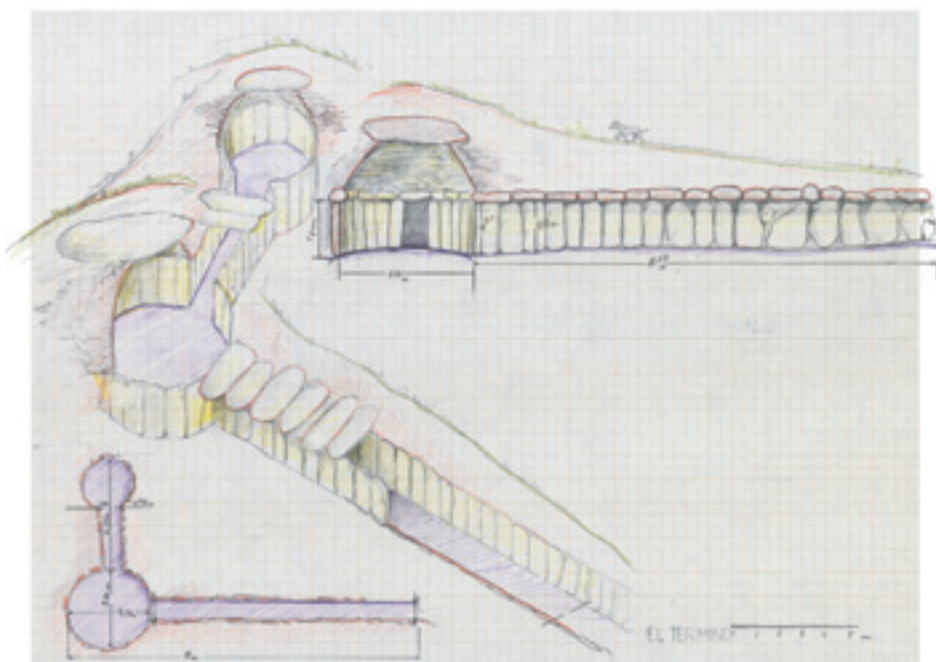
Del interior del dolmen se extrajeron un hacha, una hachuela y un alisador pulimentados, una punta de flecha y fragmentos de vasos de piedra caliza; varios fragmentos cerámicos correspondientes a vasos campaniforme, fragmentos de punzones de hueso, algunos restos óseos humanos y una punta de flecha sobre concha. Todo ello lleva a su datación al cambio del III al II milenio a.n.e.

Tras la excavación, fue abandonado hasta su reconstrucción en 2002, de forma que hoy puede visitarse.



Figura 40: Detalle de la reconstrucción de las cámaras de la Tumba del Término.

Figura 41: Sección, planta y perspectiva axonométrica de la Tumba del Término.



VI.4. Tumba de La Casilla (del tren):

Llamada en los planos de Bonsor Dolmen de Cañada Honda D, y más tarde de la Casilla, en razón de su cercanía a la casilla del ferrocarril, hoy tiende a conocerse como Dolmen de la Lozana, en razón del nombre actual de la finca. Se encuentra a unos 170 m al Este de la cueva del Vaquero dentro del olivar al otro lado del camino.

Se trata de un dolmen de galería, cuya longitud alcanza los 15,20 m si bien su pasillo no ha sido restaurado en su totalidad; su anchura, variable, es de 0,80 m. al comienzo y 1,60 m al final; y su altura es de 1,70 m. La orientación es ONO-ESE, con la entrada hacia el orto (100°). El túmulo que lo cubre posee un diámetro de 40 m.

Aunque su interior debió ser expoliado, como así lo demuestra el hallazgo de cerámica ibérica (siglos V a I a.n.e.), su ajuar estaba constituido por 26 puntas de flecha de sílex de base cóncava con aletas y triangulares, geométricos y algunos fragmentos de platos de borde almendrado. De acuerdo con esta cerámica esta construcción había que fecharla hacia finales del III milenio a.n.e.



Figura 42: Tumba de La Casilla. El corredor y la jamba que lo separa de la cámara.

VI. 5. Tumba del Pedrejón

Sus restos son apenas perceptibles y se hallan entre la Cueva del Vaquero y el *tholos* de las Canteras. Se trata de un *tholos* de corredor y cámara cuyas paredes están formadas con ortostatos de piedra alcoriza. Posee una dirección O-E.



Figura 43: Estado actual de la Tumba del Pedrejón.

VII. UTILIDADES:



Figura 44: Plano indicativo de los *tholoi* La Pastora y Matarrubilla.

Figura 45: Plano indicativo del conjunto megalítico de Gandul.



Los megalitos de La Pastora y Matarrubilla de Valencina de la Concepción requieren de una cita previa ya que la visita se hace acompañado de un guarda. Para ella deben ponerse en contacto con la Casa de la Cultura de la citada localidad, teléfono 955720211, en horas de mañana. Su acceso se hace con cierta facilidad pues se halla señalizado en la carretera desde Camas a Valencina.

Los del Término y El Vaquero, en el Conjunto Megalítico de Gandul en Alcalá de Guadaíra, pueden visitarse libremente, pues los megalitos no presentan ningún tipo de barrera (ello les hace más vulnerables a la acción de desaprensivos). El acceso a este conjunto es más complicado pues se hace a través de caminos rurales. Saliendo de Sevilla por la A-92 en dirección Granada-Málaga, una vez pasado el cruce con la carretera que une Alcalá de Guadaíra y Carmona (432), hay que tomar la desviación que lleva a la Urbanización la Lapa, la fábrica de carros de combate Santa Bárbara y la Cárcel de Mujeres hasta que, una vez acabado el piso de asfalto, debe llegarse hasta el cruce con el carril de Mairena y desde allí desviarse hacia la izquierda hasta el conjunto megalítico.

Otra forma de acceder es a través de Mairena del Alcor. Hay que tomar el camino que parte de la calle asfaltada donde se encuentra el campo de fútbol y seguir el camino que lleva a la Venta de los Conejos (ver plano), el cual se halla a unos 840 metros desde el final del asfalto. A partir de esta venta aún hay que recorrer casi 1,5 Km para llegar al *tholos* del Término.

VIII. BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1996): "El dolmen de Alberite (Villamartín). Aportaciones a las formas económicas y sociales de las comunidades neolíticas en el Noroeste de Cádiz" Edición y coordinación José Ramos Muñoz y Francisco Giles Pacheco. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- AA.VV. (1997): "O Neolítico Atlántico e as orixes do Megalitismo". Actas do Coloquio Internacional. Edición a cargo de A. Rodríguez Casal. Santiago de Compostela
- AA.VV. (1999): *Guide du Musée des Tumulus de Bougon*. Angoulême. Déhan. Página 119.
- ALMAGRO BASCH, M. (1962): *El Ajuar del Dolmen de la Pastora de Valencina del Alcor (Sevilla). Sus Paralelos y su Cronología. Trabajos de Prehistoria del Seminario de Historia Primitiva del Hombre 5*. Madrid. Figura 4.
- AMORES CARREDANO, F. (1982): Carta Arqueológica de Los Alcores (Sevilla) Diputación Provincial de Sevilla
- ARRIBAS, A. - MOLINA, F. (1984): "Estado actual de la investigación del megalitismo en la Península Ibérica." *Scripta Praehistorica* (Francisco Jordá Oblata), 63-111. Salamanca. Universidad de Salamanca.
- ARRIBAS, A.; MOLINA, F.; CARRIÓN, F.; CONTRERAS, F.; MARTÍNEZ, G.; RAMOS, A.; SÁEZ, L.; DE LA TORRE, F.; BLANCO, I. y MARTÍNEZ, J. (1987): "Informe preliminar de los resultados obtenidos durante la VI Campaña de Excavaciones en el Poblado de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería), 1985". AAA/1985 II Actividades Sistemáticas, pp 245-262.
- ARTEAGA, O. y CRUZ-AUÑÓN, R. (2001): AAA/1996 III Actividades de Urgencia pp 642 y ss.
- ARTEAGA, O. y CRUZ-AUÑÓN, R. (2001): "Las nuevas sepulturas prehistóricas (*tholoi*) y los enterramientos bajo túmulo (tartessios) de Castilleja de Guzmán (Sevilla). Excavación de Urgencia de 1996." *Anuario Arqueológico de Andalucía/1996*, 640-651. Sevilla. Junta de Andalucía
- BARRIONUEVO, F.-SALAS, J. (1991): "Informe sobre la catalogación de estructuras dolménicas de la provincia de Sevilla." *Anuario Arqueológico de Andalucía/1989*, 363-369. Sevilla. Junta de Andalucía
- BEGUIRISTÁIN, M.A. (1999): "Megalitos, paisaje y memoria. Un estado de la cuestión". *Memoria y Civilización*, 2 pp 317-327
- BRIARD, J. (1987): *Mythes et Symboles de l'Europe Preceltique: Les Religions de l'Âge du Bronze (2500-800 av.J.C.)*. Paris. Errance. Página 131.
- BRIARD, J. (1998): "Megalitos de Bretaña". Editions Jean-Paul Gisserot. Luçon.
- BUENO RAMÍREZ, P.-BALBÍN, R. (1994): "Estatuas-menhir y estelas antropomorfas en megalitos ibéricos. Una hipótesis de interpretación del espacio funerario." LAS HERAS, J.A. (Ed.): *Homenaje al Dr. Joaquín González Echeagaray*, 337-347. Madrid. Ministerio de Cultura
- BUENO RAMÍREZ, P.-BALBÍN, R. (1997): "Ambiente funerario en la sociedad megalítica ibérica. Arte megalítico peninsular." RODRÍGUEZ CASAL, A. (Ed.): *O Neolítico Atlántico e as Orixes do Megalitismo*, 693-718. Santiago de Compostela. Consello da Cultura Galega
- BUENO, P.; DE BALBÍN, R.; BARROSO, R.; ALCOLEA, J. J.; VILLA, R. y MORALEDA, A. (1999): *El Dolmen de Navalcán. El Poblamiento Megalítico en el Guadyerbas*. Toledo. Diputación Provincial de Toledo. Página 52.

- CABRERO, R. (1985): "El sepulcro megalítico de Caño Ronco (Camas, Sevilla) y su vinculación con el yacimiento calcolítico de Valencina de la Concepción" *Prehistoria* 1. Sevilla.
- CABRERO, R.-OLIVA, D.-MALGOSA, A.-SANFONT, S.-RUIZ, M.-T.-SUBIRA, M.E.-SABATE, I.-BARDERA, R. (1997): "Arqueometría antropológica en el sepulcro megalítico de El Palomar. Contribución al conocimiento histórico de la campiña sevillana." *Spal. Revista de Prehistoria y Arqueología* 4, 67-79. Sevilla. Universidad de Sevilla.
- CARRIAZO, J. (1962): "El dolmen de Ontiveros (Valencina de la Concepción, Sevilla)" *Homenaje al Profesor Cayetano de Mergelina (Murcia, 1961)*, 209-229. Murcia. Universidad de Murcia
- CERDÁN, C.; LEISNER, G. y LEISNER, V. (1975): "Los sepulcros megalíticos de Huelva. (Excavaciones arqueológicas del Plan Nacional 1946-1952.)" En Almagro Basch, M. (Ed.): *Huelva, Prehistoria y Antigüedad*, 41-108. Madrid. Editorial Nacional. Láminas 10, 13, 17 y 19.
- CHIPPINDALE, C. (1983): *Stonehenge Complete*. London. Thames and Hudson. Lámina IX.
- COLLANTES DE TERÁN, F. (1969): "El dolmen de Matarrubilla." *Actas del V Simposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Tartessos y sus Problemas*, 47-61. Barcelona
- CORZO, R. (1989): "Historia del Arte en Andalucía. Volumen I. La Antigüedad". Ed. Gever. Sevilla.
- CRIADO BOADO, F. (1989): "Megalitos, espacio, pensamiento" *Trabajos de Prehistoria* 46, 75-98. Madrid. CSIC
- CRUZ-AUÑÓN, R. - GARCÍA SANJUÁN, L. - HOSKIN, M. (2001): "Studies in Iberian Archaeoastronomy (9). The Province of Sevilla." *Archaeoastronomy* 26. *Journal for the History of Astronomy* 32, 55-58. Cambridge
- DELIBES, G (1985): "El megalitismo ibérico" Cuadernos de Historia 16, numero 233
- FERNÁNDEZ, F. - RUIZ, D. (1978): "El *tholos* del Cerro de la Cabeza, en Valencina de la Concepción (Sevilla)." *Trabajos de Prehistoria* 35, 193-224. Madrid
- GARCÍA SANJUÁN, L. (2000): "Grandes Piedras, Paisajes Sagrados." *Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico* 31, 171-178. Sevilla. Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico
- GARCÍA SANJUÁN, L. - HURTADO PÉREZ, V. (2001): "La arquitectura de las construcciones funerarias de tipo *tholos* en el Suroeste de España. Investigaciones recientes." En SERRELLI, D. & VACCA, D. (Eds.): *Aspetti del Megalitismo Prehistórico, Actas del Incontro di Studio Sardegna-Spagna. Aspetti del Megalitismo Prehistórico (Museo del Territorio, Lunamatrona, Cagliari, Italia, 21-23 Septiembre de 2001)*, 36-47. Grafica del Parteolla. Dolianova
- GIL REYES, M.-JIMÉNEZ BARRIENTOS, J.C.-OLIVA ALONSO, D.-PUYA GARCÍA, M. (1985): "El sepulcro de galería del Hoyo del Gigante (Morón de la Frontera, Sevilla)" *Huelva Arqueológica* 7, 265-293. Huelva. Diputación Provincial.
- GUILAINE, J. (Ed.) (1999): *Mégalithismes de l'Atlantique a l'Ethiopie. Seminaire du College de France*. Paris. Errance
- HERNÁNDEZ, J. SANCHO, A. y COLLANTES, F. (1955): *Catálogo Arqueológico y Artístico de la Provincia de Sevilla*. Sevilla
- HOSKIN, M. - ALLAN, E. - GRALEWSKI, R. (1995a): "Studies in Iberian archaeoastronomy (3): customs and motives in Andalucía." *Archaeoastronomy* 20, 41-48. Cambridge
- HOSLIN, M. (2001): *Tombs, Temples and Their Orientation. A New Perspective on Mediterranean Prehistory*. Oxford. Ocarina Books. Página 186.
- HURTADO PÉREZ, V.-AMORES, F. (1984): "El *tholos* de Las Canteras y los enterramientos del Bronce en la necrópolis de El Gandul (Alcalá de Guadaíra, Sevilla)." *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 9, 147-174. Granada. Universidad de Granada
- IAPH (2000): *Megalitos de la Provincia de Sevilla. PH Ediciones Multimedia* 3. Sevilla. Junta de Andalucía
- JOUSSAUME, R. (1999): "Les mégalithes de l'Ethiopie." En Guilaine, J. (Ed.): *Mégalithismes de l'Atlantique à l'Ethiopie*. Paris. Errance.
- LE-ROUX C. L. (1995): *Gavrinis*. Éditions Gisserot. Página 14.
- LEISNER, G.-LEISNER, V. (1943): *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Erster Teil: Der Süden*. Berlin
- LEISNER, G.-LEISNER, V. (1949): "Los monumentos megalíticos del mediodía de la Península Ibérica, según los resultados a que han llegado G. y V. Leisner" *Archivo Español de Arqueología* 22, 75-85. Madrid. CSIC

- LEISNER, G.-LEISNER, V. (1959): *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Erster Teil: Der Westen*. Berlin
- MOHEN, J.P. (1980): "Aux prises avec des pierres de plusieurs dizaines de tonnes". Dossier de l'Archeologie. Num. 46, Octubre pp. 58-67
- MOHEN, J. P. (1990): *The World of Megaliths*. New Cork. Facts on File
- MONTERO RUIZ, I. – TENEISHVILI, T. O. (1996): "Estudio actualizado de las puntas de jabalina del Dolmen de la Pastora (Valencina de la Concepción, Sevilla)." *Trabajos de Prehistoria* 53 (1), 73-90. Madrid. CSIC
- MURILLO DÍAZ, T. (1991): "Excavaciones de urgencia en el poblado calcolítico de Valencina de la Concepción (Sevilla)" AAA/1989 III Actividades de Urgencia pp. 555-560
- MURILLO DÍAZ, T. (2001): "Historia de las investigaciones y bibliografía del asentamiento prehistoria de Valencina de la Concepción (Sevilla)." *Revista de Humanidades* 12, 29-44. Madrid. UNED
- MURILLO, M. T.-CRUZ-AUÑÓN, R.-HURTADO PÉREZ, V. (1990): "Excavaciones de urgencia en el yacimiento calcolítico de Valencina de la Concepción (Sevilla)." *Anuario Arqueológico de Andalucía/1988*, 354-359. Sevilla. Junta de Andalucía
- NOCETE, F. (2001): "Tercer milenio antes de nuestra era. Relaciones y contradicciones centro/periferia en el Valle del Guadalquivir". Ed. Bellaterra Arqueología. Barcelona
- NOCETE, F.; LIZCANO, R. Y BOLAÑOS, C. (1999): "Más que grandes piedras". Junta de Andalucía. Consejería de Cultura.
- OBERMAIER, H. (1919): "El dolmen de Matarrubilla (Sevilla)" Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, Memoria nº 26, Museo Nacional de Ciencias Naturales. Madrid. Lámina I.
- OBERMAIER, H. (1924): *El Dolmen de Soto (Trigueros, Huelva)*. Madrid. Hauser y Menet. Página 11.
- PHILIPPON, A. (Ed.) (2002): *Statues-Menhirs. Des Énigmes de Pierre Venues du Fond des Âges*. Paris. Rouergue.
- POLLARD, J. y Reynolds, A.(2002): *Avebury. The Biography of a Landscape*. Stroud. Tempus. Figuras 28 y 29.
- RAMOS MUÑOZ, J. y GILES PACHECO, F. (Eds.): *El Dolmen de Alberite (Villamartín). Aportaciones a las Formas Económicas y Sociales de las Comunidades Neolíticas en el Noroeste de Cádiz*. Cádiz. Universidad de Cádiz. Página 72.
- RENFREW, C. (1986): *El Alba de la Civilización. La Revolución del Radiocarbono y la Europa Prehistórica*. Madrid. Ediciones Itsmo [Primera Edición 1973]
- RENFREW, C. (1967): "Colonialism and Megalithism". *Antiquity*, XLI, 276-288. London
- RENFREW, C. (1976): "Megaliths, territories and population. Acculturation and Continuity in Atlantic Europe mainling during the Neolithic period and the Bronze Age". *Atlantic Colloquium. Disertationes Archeologicas Gandenses*, 16. Brugge
- RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, R. (1990): "El arte grabado megalítico en la provincia de Cádiz: galería cubierta El Toconal I (Olvera, Cádiz)." *Gades* 19, 25-40. Cádiz. Diputación Provincial.
- RODRÍGUEZ HIDALGO, J.M. (2002): "La restauración el dolmen del Término, Gandul. Alcalá de Guadaíra y Mairena del Alcor, Sevilla". SPAL, Revista de Prehistoria y Arqueología, 10, 2001. Sevilla. Pag.93-107
- RUIZ MORENO, M. T.-MARTÍN ESPINOSA, A. (1993): "Excavación de urgencia en el dolmen de La Pastora, Valencina de la Concepción, Sevilla." *Anuario Arqueológico de Andalucía/1991*, 554-558. Sevilla. Junta de Andalucía
- SALAS, J. y BARRIONUEVO, F.J. (2000): "El Catálogo de dólmenes de la provincia de Sevilla". Patrimonio Histórico, boletín 31, Junio 2000. Sevilla
- SANTANA, I. (1991): "Excavación arqueológica de emergencia en un dolmen del término municipal de Castilleja de Guzmán (Sevilla)." *Anuario Arqueológico de Andalucía/1989*, 446-449. Sevilla. Junta de Andalucía
- SHEE TWOHIG, E. (1981): *The Megalithic Art of Western Europe*. Oxford
- VARGAS JIMÉNEZ, J.M. (en prensa): "Elementos para la definición territorial del yacimiento prehistórico de Valencina de la Concepción (Sevilla). Entregado para SPAL, nº 12, 2003
- VEGA PELÁEZ, J. (1907): *Un dolmen en Carmona y Breves Apuntes sobre los Dólmenes*. Carmona

